

Hombres y mujeres de carbón

Relatos de vida y memoria colectiva de la minería artesanal en Lobatera





Clara Ferreira Marín y Ninoska Díaz Rojas

3

Hombres y mujeres de carbón

Relatos de vida y memoria colectiva de la minería artesanal en Lobatera

Colección Historias Mineras



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para **Desarrollo Minero Ecológico**

Urbanización Las Mercedes, Av. Veracruz con calle Cali, edificio Pawa,
municipio Baruta, estado Miranda, Venezuela. Zona postal 1060.
RIF: G-20012136-0

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Delcy Rodríguez

Vicepresidenta de la República

Víctor Hugo Cano Pacheco

Ministro del Poder Popular para Desarrollo Minero Ecológico
Presidente de la Corporación Venezolana de Minería

Nerliny Caruci

Directora general de Gestión Comunicacional
Jefa de Publicaciones

Clara Ferreira Marín y Ninoska Díaz Rojas

Investigadoras

**José Ángel Mora, Eduardo Núñez
y Cosme Darío Hurtado**

Fotografías

Milagros Arteaga

Revisión de diagramación

Nerliny Caruci

Edición y cuidado de textos

Irwing Martínez

Diseño y diagramación

Ninoska Díaz Rojas

Productora editorial

El contenido presentado en este libro y su respectiva relativización es responsabilidad absoluta
de las investigadoras Clara Ferreira Marín y Ninoska Díaz Rojas.

Caracas, diciembre 2018.

ISBN:
978-980-7900-00-3
Depósito legal:
DC2019000034

DEDICATORIA

Al pueblo minero, por intentarlo una y otra vez, pese a las dificultades; por demostrar que es posible iniciar un nuevo modelo de producción minera responsable con el ambiente y con el país.

Al pueblo de Lobatera, por ser custodio y comprometido relator de su cuatricentenaria historia y de sus tradiciones que suman a nuestra identidad nacional.

A los cronistas, por su avidez de mantener vivo, en la memoria colectiva, el paso del Libertador Simón Bolívar por tierras lobaterenses, durante la gesta de la Independencia.

AGRADECIMIENTO

A los lobaterenses, por sus reiteradas y expresivas muestras de deferencia y proximidad, al dejarnos entrar a sus hogares, espacios de trabajo y lugares para el encuentro social.

A los entrevistados y consultados, por compartir sus conocimientos, historias, anécdotas, visiones, expectativas, a través de gratas y diáfanas conversaciones.

A los colaboradores, por su guiatura en campo, sus conocimientos especializados, la receptividad en cada aclaración solicitada y el apoyo institucional.

A la firme cooperación de los compañeros del Ministerio del Poder Popular para Desarrollo Minero Ecológico, de la Corporación Venezolana de Minería (CVM), y de CVM Carbones del Suroeste, quienes tuvieron verdaderos gestos motivadores para iniciar y proseguir el proyecto editorial Historias Mineras.

Al incondicional apoyo institucional del Centro Nacional de la Fotografía, para concretar el soporte gráfico en la localidad andina. De igual modo, a la Fundación Sociocultural Lovatera 1774, por el acompañamiento durante la realización de la producción.

A Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, por la bendita protección provista al equipo creador de *Hombres y mujeres de carbón*, durante su permanencia y andar por los caminos hacia y desde Lobatera.

A Víctor Cano Pacheco, geólogo venezolano, promotor de esta y otras investigaciones científicas que apuntan a una nueva concepción de la minería como motor productivo del país.



PRESENTACIÓN

Historias Mineras es un proyecto editorial impulsado por el Ministerio del Poder Popular para Desarrollo Minero Ecológico, en reconocimiento a la clase trabajadora de la minería artesanal, cuya vida se encuentra íntimamente ligada al aprovechamiento de preciados y estratégicos minerales que, históricamente, han inspirado leyendas, impulsado expediciones y poblamientos de lugares remotos del país.

Historias Mineras es el resultado de un estudio de campo transdisciplinario que aproxima a los lectores a la impronta social, política, económica y cultural que ha orientado la ancestral actividad minera en Venezuela. Como elementos sustanciales, se pretende generar una primera construcción de una identidad o cultura minera, a través de la comparación de la minería ejercida desde el sur del Orinoco hasta el occidente fronterizo.

Historias Mineras presenta, en esta primera entrega titulada ***Hombres y mujeres de carbón***, los relatos de vidas de pequeños mineros que habitan en las aldeas y caseríos surgidos en Lobatera, estado Táchira, a partir de la producción artesanal del carbón. Las narraciones de los mineros se integran a las anécdotas, tradiciones e historia del pueblo de Lobatera, dejando en evidencia la mixtura cultural que caracteriza a los lobaterenses, quienes reconocen al carbón, a la arcilla y a la caliza como los minerales constructivos de sus hogares, de su historia e identidad.

Hombres y mujeres de carbón es una bitácora de campo, con algunos rasgos etnográficos y con un enfoque retrospectivo en su narrativa, que permite al lector tener una mirada cercana al modo de vida de los pequeños mineros, a sus orígenes, a las motivaciones que los condujeron al terruño que les prodiga sustento, arraigo, conciencia e identidad. El entramado del discurso de esta bitácora transporta al inicio de la explotación minera en Lobatera, y converge en una reseña histórica sobre la evolución de la minería y geología en Venezuela.

Hombres y mujeres de carbón encuentra, en sus copiosas descripciones verbales, construidas entre sus protagonistas; en la observación de locaciones donde se ejerce la minería, la agricultura y otras actividades socioculturales; en la consulta de diversas fuentes documentales, en los recuerdos plasmados en las imágenes fotográficas; el aporte de novedosos elementos para la reconstrucción historiográfica de la minería como una de las actividades económicas más emblemáticas de Lobatera.

Hombres y mujeres de carbón combina lo narrado, lo escrito y lo visual para ilustrar, en detalle, las nociones tiempo y espacio, cotidianidad e integralidad en la que están inmersas estas Historias Mineras. Es un largo trayecto contado en significativas palabras, diversos documentos y expresivas imágenes.

Las investigadoras



CONTENIDO

Primera parte	
Esencia minera: hablan los protagonistas	9
Capítulo 1	
Donde se hace la minería: aldeas Las Minas, Arenales y La Parada	13
Capítulo 2	
Los protagonistas: el carbón moldea nuestras vidas	17
Capítulo 3	
Mujeres mineras: la leyenda de las amazonas	31
Capítulo 4	
Lo ambiental: un problema y algunas soluciones	39
Capítulo 5	
La frontera: hoy, los extranjeros somos nosotros	43
Capítulo 6	
Trazos identitarios de los entrevistados: los que componen estas historias mineras	47
Segunda parte	
Espacio social minero en perspectiva histórica	55
Capítulo 7	
Lobatera, entre minas y alfarería	57
Capítulo 8	
La cultura lobaterense	69
Capítulo 9	
Carbón y petróleo van de la mano	89
Capítulo 10	
Génesis de la minería en Venezuela	99
Capítulo 11	
Memoria viva y patrimonio	107
Glosario	117
Otras referencias	118



Minero José Miguel Parra Labrador. José Ángel Mora, 26.10.2018

PRIMERA PARTE

*Esencia minera:
hablan los protagonistas*



Tejado de la Casa del Higuerón, casco histórico de Lobatera. José Ángel Mora, 27.10.2018



Historias Mineras, como aporte en el proceso de comprensión de la vida minera, pretende rescatar los valores propios de una cultura cuya característica principal se ha deformado debido a las circunstancias históricas que envuelven la extracción de minerales de alto valor comercial, como el oro y el diamante. Sin embargo, Venezuela, un país de minas e hidrocarburos por excelencia, tiene una cultura que va más allá de lo que la matriz referencial sentencia; los mineros y las mineras tradicionales han aprendido a vivir con el fruto que nuestras nobles tierras les brindan. Ellos y ellas dependen del fruto minero para la generación de sus principales ingresos y, por tanto, este forma parte de ellos mismos y de su vida cotidiana.

Esas son las historias que queremos contar: las de los mineros que también han sido silenciados por la cultura del extractivismo destructor y depredador. Son estos mineros los que nos hablan de su propia historia: de quiénes son, de cómo se han formado en el oficio y en el arte.

Para ello, hicimos un recorrido inicial por el occidente del país, específicamente en las minas de Lobatera, ubicadas en municipio Lobatera¹, del estado Táchira. La historia de este orgulloso pueblo está registrada en múltiples textos, producto de una memoria colectiva que ha permitido que su historia oral se escriba en textos, revistas y, últimamente, a través de páginas web y redes sociales.

Lobatera comparte una historia importante del pasado de la independencia. Ahí, nuestro Libertador Simón Bolívar descansó una noche, en la Casa del Higuerón, hito importante para el pueblo. Ese instante marcó un camino en la memoria de su gente; Lobatera fue uno de los caminos que usó el Padre de la Patria para librar la Campaña Admirable.

En este apartado especial de Historias Mineras, son los hombres y las mujeres en su faena diaria, quienes —a través de entrevistas estructuradas, entrevistas abiertas, conversaciones cotidianas— nos cuentan sus experiencias.

En ocho días de exhaustivo trabajo, hablamos, de manera formal, con unos veinte mineros y mineras de los yacimientos ubicados en las aldeas Las Minas, Arenales y La Parada. Sus voces se incluyen en esta muestra, por lo demás, no representativa, desde el punto de vista cuantitativo; pero sí cargada de las cualidades necesarias para generar, a través de ella, un vistazo a la cultura del minero tachirense del carbón. Acá, hablan mujeres y hombres, con edades que van desde los 16 hasta los 70 años; familias mineras, en la mayoría de los casos; pero también jóvenes mineros que se aparecieron, en medio de una jornada, queriendo ser entrevistados y quienes, hoy, son practicantes del oficio en tierras foráneas. Esos jóvenes, igual, formaron parte de este extraordinario grupo minero.

¹ Instituto Nacional de Estadística (2013). Densidad poblacional del municipio Lobatera: 13 519 habitantes. Superficie: 206 km², con una densidad poblacional de 65.6. Fuentes no formales indican que las tasas de alfabetización superan el 94 %. Recuperado de <http://www.ine.gov.ve/documentos/see/sintesisestadistica2013/estados/tachira/index.htm>



Aprendimos de ellos y de su trabajo, durante jornadas diarias que superaron las diez horas de compañía. Bajamos a las minas; estuvimos en las “pampas”, en plena construcción de los ladrillos; visitamos las casas de los mineros, entablamos amistad y escuchamos las historias que los constituyen. También dedicamos tiempo a sentarnos en los lugares que les son comunes.

En ningún caso, alguno de los entrevistados se lamentó del oficio; contrariamente —y es de ahí donde pensamos que se hace cultura—: todos se sienten orgullosos de una labor que aprendieron, en la gran mayoría de los casos, a través del paso generacional.

En Lobatera, la frontera también marca su impronta. Aquí, cada familia parece estar vinculada de una manera directa o indirecta con el país vecino. En algunos casos, son colombianos que vinieron a nuestro país en la época de mayor depresión en esas tierras; hicieron acá sus familias y estas, a su vez, se multiplicaron llevando sus orígenes en las historias que narran. Hijos, nietos, bisnietos de colombianos forman parte del legado de estas zonas.

La cuestión de género no deja de formar parte de las historias contadas. Narrativas sobre las amazonas mineras también fueron parte de lo que aprendimos de Lobatera. Las mujeres forman el equilibrio de la comunidad. Ellas imprimen los valores y generan las representaciones del futuro. Aunque algunas no querían que sus hijos fueran mineros, ellas mismas terminaron recreando el valor de la minería.

Si bien extraer carbón de las profundidades no es “para mujeres”, en el decir de la mayoría, las mujeres están a pie de la bocamina, haciendo otras labores, quizá, menos pesadas físicamente, pero con más peso en lo que se refiere a la formación de los herederos de la mina y del oficio minero.

Lo que presentamos, en este aparte de “Esencia minera: hablan los protagonistas”, podemos decir que fue escrito por ellos mismos. Ellos han permitido sus historias, las han corregido cuando algún dato no estaba detallado con precisión. En estas líneas, quien cuenta la historia en tercera persona es, apenas, quien hila la narración para darle el cuerpo necesario para su presentación formal; pero, sobre todo, para descubrir la cultura existente en torno a la minería del carbón.

Como en las minas de Lobatera, donde cada minero hace un gesto de humildad al pedirle a la Santísima Virgen que los cuide en la faena, pedimos que esa misma fe nos guíe y que los textos escritos sean fiel reflejo de estos orgullosos hombres y orgullosas mujeres del carbón y de la arcilla.

Estas son sus historias.

Capítulo 1

Donde se hace la minería:

aldeas Las Minas, Arenales y La Parada





Las aldeas Las Minas, Arenales y La Parada constituyen algunos de los caseríos² en donde los mineros hacen vida laboral. El contraste entre el centro de Lobatera, pueblo asentado en el valle; y la zona de las minas, propiamente, no puede ser más profundo.

Estas aldeas, como el resto de las comunidades donde se hace la minería, son pueblos de trabajo, y las viviendas parecieran responder a este patrón. Son viviendas con comodidades propias de quienes, con esfuerzo, van comprando cada cosa para hacer de la casa un hogar: construcciones, de aproximadamente unos 50 o 60 m², de bahareque, con techos recubiertos por caña amarga que impiden la filtración del agua de lluvia; dos o tres habitaciones, siempre un porche y un patio con árboles frutales y un huerto para satisfacer la demanda alimenticia de quienes componen el núcleo familiar. Es a esta morada, cercana a la bocamina, adonde llega el minero, luego del arduo y agotador trabajo de entrar en las profundidades del suelo a buscar el fruto mineral.

Salvo contadas excepciones, en Lobatera, se mantiene el patrón de habitabilidad inverso; esto es: vivienda de paso en la aldea minera y casa de habitabilidad en el casco central de Lobatera.

Un sistema de servicio eléctrico conecta las casas y posibilita postes para el alumbrado. Las vías de acceso a las aldeas han sido asfaltadas, casi en su totalidad; sin embargo, para las minas, las vías son

de tierra. A estas últimas el transitar de vehículos rústicos las ha compactado.

El asfaltado de las vías principales posibilita un serpenteo de viviendas construidas por este paso. En estos casos, son viviendas de la Gran Misión Vivienda Venezuela, hechas a modo de casas rurales, en general propicias para el tipo de clima de la zona.

En los últimos años, señalan que se han mejorado las condiciones de habitabilidad de quienes viven del carbón y de la arcilla.

En cada sector, hay una escuela y una capilla, sin excepción; lo que demuestra al visitante la importancia de ambas actividades.

En Las Minas, así como en parte importante de las zonas mineras como La Montaña a 2100 msnm, predomina el bosque tropical húmedo, propio de esa altitud andina. En La Cabrera y La Parada, la altitud supera los 1000 msnm y el clima se estabiliza alrededor de los 24 °C, aunque la sensación térmica pareciera ser más elevada. En esta zona, predomina la vegetación de tipo xerófila, con bosque seco premontano³, lo que ha generado que la ganadería caprina prospere en la región, si bien siempre se ve el ganado vacuno en zonas de alta pendiente.

² Momaría, La Laja, Boca de Monte y Cazadero son otras aldeas mineras de Lobatera.

³ Instituto Nacional de Estadística (2011). Informe Geoambiental 2011 del estado Táchira. Recuperado de http://www.ine.gov.ve/documentos/Ambiental/PrinIndicadores/pdf/Informe_Geoambiental_Tachira.pdf



La actividad minera en las aldeas comienza a evidenciarse de manera clara y precisa. A simple vista y sin mucho recorrido, se dejan ver las construcciones cónicas, profusas en todas las zonas mineras, son las pampas u hornos que sirven para cocinar los ladrillos, artesanalmente. En estos espacios, también se aprecian las fuentes de agua. El agua moldea y, junto con el carbón y el fuego, le da la figura y la consistencia deseada a la arcilla para convertirla en elemento edificador.

Un artesano dedicado ha aprendido que su oficio es una expresión popular de texturas; ha desarrollado la técnica que produce ladrillos de mayor consistencia y durabilidad, además de formas y

colores adicionales que le dan mayor atractivo y hacen que el comprador se interese en las piezas.

Nosotros tenemos al menos unos 30 modelos: tabletas heptagonales, hexagonales, octogonales; y ladrillos de al menos 10 tipos: enchapes, tablillas, tabletas para pisos, tejas, además podemos hacer los moldes que nos piden los clientes. Así de importante es lo que hacemos.

Rafael Rodríguez (62 años), minero y pampero.

Los hombres y las mujeres, en todos estos sectores, tienen la piel marcada por la arcilla, el carbón y el fuego. Las manos y los rostros reflejan el trabajo de años; la inclemencia del clima también se hace presente. Estas son actividades manuales, realizadas al aire libre. Su ejercicio moldea a los hombres y las mujeres que crean las respectivas piezas.

Cada aldea minera tiene su especificidad, cada construcción tiene un sello personal, cada mina es producto de la experiencia de sus dueños: los tradicionales, los que aprendieron el oficio viendo a sus padres o a sus abuelos; o los que aprendieron a través de una educación formal el oficio. Todo se refleja en sus construcciones, en el sistema de protección a sus vidas, en la ubicación de la madera que forma las vigas, y en los muros de contención de la mina. Ahí hay que ser cuidadoso, porque ahí la vida está en juego. En las minas de Lobatera, hasta la fecha, no ha habido accidentes que lamentar, gracias a este arte.



Vivienda de bloque de arcilla, aldea Las Minas, sector Los Corrales. José Ángel Mora, 25.10.2018



Capítulo 2

Los protagonistas:

el carbón moldea nuestras vidas



A diferencia de las zonas urbanas donde el instante es la medida principal del tiempo y, por eso, nos cuesta tanto advertir lo importante, en pueblos como Lobatera el tiempo se mide en otras dimensiones. Quizá, por eso, los lobaterenses están conscientes de la importancia que el carbón ha tenido para ellos:

Desde 1948, en Lobatera, sacaban el carbón de manera clandestina, y lo traían a la aldea para quemarlo. Los primeros mineros de carbón del pueblo eran Santiago y Benigno Casanova, Martín y Santos Pérez y Reinaldo Valera; y los primeros artesanos eran de las familias de los Rodríguez y de los Benítez.

Rafael Rodríguez (62 años),
minero y pampero⁴.

La cultura minera se estableció como tal en los noventa. Antes de eso, el carbón solo se usaba para forjar, para arreglar los instrumentos agrícolas, porque el carbón funde bien.

José Miguel Parra Labrador (32 años),
minero, capricultor y licenciado en Enfermería.

⁴ Pampero es el artesano o alfarero que crea ladrillos y otros implementos para la construcción de viviendas. Se les llama "pamperos" porque, en las pampas u hornos artesanales, generan la mayor parte de su arte.

La minería del carbón acá tuvo su auge, del 80 al 90. Yo mismo fui minero; pero, después, me hice pampero.

Wilmer Moncada (54 años), pampero.



Bueno, desde que me conozco y tengo uso de razón y por ser lobatero, siempre he escuchado sobre los mineros, las minas y la explotación del carbón en la aldea Las Minas de Lobatera. Siendo yo estudiante de tercer grado de básica, descubrí en un atlas de geografía de Venezuela el nombre de Lobatera. Me llamó la atención que, en un libro tan grande, estuviera su nombre. Seguí leyendo y comprendí que el nombre de mi pueblo se encontraba asociado al carbón y a la economía del país. Aunque no sabía qué era la economía, por mi corta edad, leer los histogramas —ese juego de barras de colores que me agradaba observar reflejaba la producción y lo equivalente en bolívares— me hizo sentir orgulloso de ser lobatero, por la importancia que revestía el carbón de Lobatera. Era el único del país, hasta ese momento.

Breiner Said Chacón (39 años),
técnico en Geología y Minería.

Yo soy minero, hijo de minero; y aunque estudié, estoy muy ligado a este trabajo. Mi papá comenzó en este oficio y tuvo la mina Los Parra, en La Parada, por más de 28 años. Soy de acá de Lobatera, mi familia es de acá y mi esposa y mis hijos son de este pueblo también.

Mi papá fue alcalde, político y minero. Mi mamá no quería que yo fuera minero, por eso estudié; pero, bueno, sigo siendo minero aunque soy licenciado en Enfermería y ejerzo esa profesión.

No es que ser minero sea malo, es que es un trabajo muy rudo. Meterse en la mina, a más de 100 metros de profundidad, no es para todo el mundo. Yo he tenido gente que viene un día y, después, ni vuelve más. Les da como miedo.

Ser minero tiene sus riesgos, como toda actividad. Pero, acá, hay que ser muy cuidadosos. Yo estoy pendiente de todo, de la seguridad de la gente que trabaja conmigo. Estoy pendiente porque yo empecé de obrero. Acá hay que ver cuando la madera está pandeada, para cambiarla; y, bueno, pedirle a la Virgen que a uno lo proteja.

En mi mina está el oratorio. Ahí se hace la peregrinación de la Virgen en Semana Santa. Toñito... él, junto a papá, hizo ese templo para que los mineros oremos y le pidamos a Diosito. Acá, nos encomendamos. Somos gente de fe. La fe nos guía; ¡nunca nos ha pasado nada!

José Miguel Parra Labrador



¿QUÉ ES EL CARBÓN PARA NOSOTROS?

Pues, ¡todo! El carbón nos ha dado la alimentación y el sustento para nuestras familias. Desde que se abrieron las minas, se les ha dado beneficios a la comunidad y al país.

¿Cómo es nuestro carbón? Pues yo creo que el mejor del mundo. Papá (José Miguel Parra) decía que, cuando vinieron los chinos a hacer la autopista, vieron el mineral y se lo pidieron al Gobierno, y el Gobierno les dijo que “no”.

Nuestro carbón es muy bueno, mejor que el de cualquier otro lado de Venezuela. Este coquiza mejor y es de más alta pureza.

José Miguel Parra Labrador

¿HAY UNA DIFERENCIA ENTRE EL TRABAJO QUE HACEN LOS JÓVENES Y EL TRABAJO QUE HACÍAN QUIENES EMPEZARON EN LA MINERÍA HACE MÁS DE 30 AÑOS?

Yo creo que no. Yo creo que aprendimos de ellos el oficio y lo hacemos igual. ¡Claro! Nosotros tenemos una ventaja, es que nosotros pudimos estudiar, y eso nos hace ser más técnicos: conocer más sobre cómo hacer mejor el trabajo.

En lo que sí hay diferencias es que uno, cuando era joven, era más miedoso. Los papás le

decían a uno: “¡Mire!, no se meta por ahí”; “¡No haga eso!”; y uno, pues, les hacía caso. Nosotros le teníamos miedo a la droga y, bueno, al chuco. Yo les tenía mucho miedo. Mamá nos arrodillaba en el maíz para que aprendiéramos. Así fue que yo aprendí, mi mamá nos enseñó que lo más importante es el trabajo. Ahora, los jóvenes no le tienen miedo a nada y se arriesgan. Ahora, son pocos los papás que reprenden a sus hijos.

A muchos jóvenes tampoco los forjan en otras actividades como la agricultura. Antes, acá había de todo: caña de azúcar dulce y limpita, frutas, hortalizas, café. ¡Había de todo! Pero, como ya los viejos no están trabajando en eso, eso se está acabando, se mueren los viejos y ese aprendizaje se acaba.

A uno lo educaban antes para trabajar, para ser respetuoso, para creer en Dios. Gracias a ese aprendizaje, yo me diversifiqué en el trabajo, y hago de todo: cultivo, tengo cabras, cochinos, gallinas; y soy licenciado en Enfermería. A mí me gusta trabajar. No me gusta que me estén regalando nada, no me gusta depender de nadie. Ahora, a muchos jóvenes no les gusta trabajar, y sí les gusta que les regalen las cosas.

José Miguel Parra Labrador



Carretillero en interior de la mina La Bolivariana, Lobatera. José Ángel Mora, 26.10.2018



La diferencia entre lo que uno hacía antes y lo que hacen los jóvenes de ahora es que uno hacía las cosas como con más cuidado: uno estaba pendiente de hacer las cosas bien. Ahora, los muchachos andan más como apresurados, hacen menos caso. Antes, también, la gente era más respetuosa: uno dejaba su casa abierta, y nadie se metía. Ahora, se meten y hasta se llevan los cubiertos de la casa, si uno la deja sola.

Alfonso Bastidas Gómez (70 años),
minero y técnico en Minas.

Mi papá me decía a mí: “¡Hijo, ponga cuidado! Si usted se fija bien y coge la arcilla, la toca, se da cuenta de qué calidad es. No haga las cosas con afán. Al principio, yo hacía las cosas a lo rápido; pero, después, me di cuenta de que como que sí, como que mi papá tenía razón: desde que me puse a hacer como él decía, la verdad es que la arcilla que yo trabajo es de mejor calidad.

Luis “Luigi” Rodríguez (22 años),
pampero.

¿CÓMO DEFINIMOS NUESTRA MINERÍA?

La minería en Lobatera es, antes que todo, segura. Acá, en los últimos cien años, no ha muerto nadie, ni ha habido accidentes graves que lamentar.

Alfonso Bastidas Gómez

La minería que se practica en las minas de Lobatera es artesanal, con algunos vestigios de tecnificación. Es una minería segura. ¡Claro!, hay que invertir muchos más recursos económicos en la seguridad del trabajador y para reducir los riesgos en las labores mineras, así como en la actividad de la extracción, usar equipos de mayor rendimiento que le permitan al trabajador mayor grado de conservación de su integridad; también, herramientas tecnológicas digitales para una mejor planificación y modelado de la minería. Sin embargo, a pesar de las limitaciones, la minería en Lobatera no ha ocasionado daños ni víctimas.

Breiner Said Chacón

La minería nuestra no es peligrosa. Tenemos mucha seguridad con los mineros. Ningún minero entra solo a una mina. Siempre vamos de a dos: el que pica y el que carretillea. Yo no he sabido de ningún accidente. Yo, ahorita, estoy trabajando en Colombia. ¡Ahí sí es peligroso! En diciembre, se mataron dos mineros que quedaron atrapados cuando se derrumbó el techo de la mina.

Vicente Duque Parra (29 años), especialista en la apertura de frentes mineros. Actualmente, trabaja en Colombia.

La minería es un trabajo fuerte: no es un trabajo para cualquiera.

Gustavo Jaimes (29 años), minero. Actualmente, trabaja en Colombia.

La minería es segura, como todo trabajo. Lo importante es ir sin miedo.

Manuel Antonio “Toñito” Ruiz (50 años), minero.

La minería tiene sus riesgos. Es segura, pero no es para todo el mundo. Estar allá, debajo de la tierra, con poca luz y por tantas horas, no es para todo el mundo.

José Miguel Parra Labrador





SER MINERO

Ser minero es trabajar en las profundidades de la tierra; llevar un pico, una pala, una carretilla; ir siempre acompañado; tener fe, entrar con seguridad y hacer el trabajo bien.

Entramos en la mañana y salimos al atardecer, ennegrecidos por el carbón que se nos pega a la piel. Vemos la veta, y sabemos si va a ser una buena jornada.

Ser minero, como nosotros, es depender de nosotros mismos; es sacar, día a día, la piedra negra, y hacer, de ella, una montaña para la venta.

Con el tiempo, con la experiencia de uno y lo que aprendimos de los que nos enseñaron, ya sabemos de qué tipo es el carbón que sacamos, aunque acá en las minas el carbón es bueno, ¡el mejor del país!

Ser minero es hacer todo uno: es trabajar de manera independiente.

José Miguel Parra Labrador

Ser minero es como un arte. El arte de la minería es un arte que merece admiración y respeto. Si no amamos lo que hacemos, no funciona... El carbón ofrece todo lo que podemos hacer. El carbón es tan útil que, si no hay carbón, no vuela un F16.

Cuando conocí la minería del carbón, me enamoré del carbón. El carbón nos apoya para alimentar a la familia. El carbón sirve para todo: el carbón genera trabajo, lo vuelve a uno profesional y útil al país.

Ser minero de carbón es tan seguro como cualquier otro trabajo. La experiencia de trabajo se hace con confianza no se hace con miedo.

Manuel “Toñito” Ruiz

A mí me gusta ser minero. ¡Esa es mi profesión! Mi hijo de 16 años y, también, está empezando en la minería. Yo quiero que él sea minero, pero que lo haga bien: que se profesionalice para que no le pase nada. Yo tengo más de 50 años siendo minero y nunca me ha pasado nada grave.

Esta minería del carbón es buena, si se hace bien es bastante segura. Yo le he enseñado a un montón de muchachos este oficio. A mí me gusta que venga la gente y me pregunte cómo se hace esto o cómo se hace aquello. Eso me llena de alegría.

La minería del carbón es buena, a diferencia de la minería del oro. Yo trabajé en eso, pero no me gustó: las minas de oro traen mucho celo, mientras que, en la del carbón, eso no existe.

Alfonso Bastidas Gómez

Yo soy minero y me gusta ser minero, porque toda mi familia viene y vive de las minas. Mi papá es minero; ahorita, trabaja en la frontera. Yo soy guía principal, yo soy quien marca los cortes nuevos.

También fui pampero. Empecé a los 14 años, porque a mí no me gustó estudiar. Entre la minería y ser pampero, me decidí por la minería, porque se gana más.

Yeison Parra (23 años),
minero venezolano.
Actualmente, trabaja en Colombia.

Mi papá fue minero del carbón. Él trabajó para Carbones Minas de Lobatera, por muchos años, hasta 1988. Yo aprendí el oficio de mi papá y, bueno, ahora soy pampero; pero empecé en las minas de carbón.

Wilmer Moncada (54 años),
minero y pampero.

Ser minero del carbón no es cualquier cosa, entrar en las profundidades de la mina a más de 200 metros, con escasa visibilidad y aire, da al menos una sensación de aprensión.

Las historias de mineros atrapados en el ejercicio del oficio han generado hasta historias fascinantes que han capturado la curiosidad de cineastas.

Sin embargo, en las minas de Lobatera, no ha habido accidentes que hayan implicado la muerte de alguna persona. Una práctica con relativas seguridades en el campo y la experiencia de mineros tradicionales, han salvaguardado la vida de quienes ejercen este oficio.

Estar pendientes de la calidad de las maderas que sirven de sustento al cuerpo interior de la mina, para cambiarlas en el momento adecuado; hacer salidas de aire para mitigar los gases nocivos; usar cascos de protección; nunca entrar solos; se han convertido en reglas que todos cumplen. Son esas medidas —en un trabajo que se hace de manera prácticamente artesanal— las que han contribuido a que, en las minas de Lobatera, no haya habido accidentes fatales.

Ahora bien, aunque la actividad minera en Lobatera tenga estas medidas de seguridad básica en el trabajo, hay una voluntad por parte de algunas madres de alejar a sus descendientes de ella. Quizá, porque la minería es uno de los trabajos más extenuantes que hay; por eso, muchas madres se oponen a que sus hijos continúen este ancestral trabajo.



LOS PAMPEROS

Paralela a la historia del carbón está la historia de los hombres y las mujeres de arcilla. Carbón y arcilla son dos minerales importantes para nuestra nación, que se encuentran íntimamente relacionados. Sin carbón no hay arcilla⁵, ya que el proceso para moldear el noble barro pasa por la creación de los hornos o pampas, en donde el fuego –tan intenso que parece el propio sol– transforma la arcilla en el producto final para la construcción y el embellecimiento de viviendas y artesanías.

El carbón hace la arcilla; por eso, en este pueblo, siempre alguien empezó por una u otra actividad. Casi todos saben de ambos oficios. Pero, como en todo, en su mayoría, la gente decide por uno u otro trabajo, porque hacer ambos resulta extenuante y, al final, no rinden lo deseado.

En algunos casos, como en el de la familia Rodríguez, sus propias minas le proveen el carbón para nutrir la pampa que coció el ladrillo, a fuego lento, y lo deja listo para su uso.

Los pamperos tradicionales heredan su oficio a las nuevas generaciones y estas, con orgullo, se hacen de ese particular nombre. Los pamperos son los artesanos, quienes con sus manos y con su ingenio le dan vida a la arcilla que, en productos acabados, se marcha de Lobatera al resto del país.

Hoy, la arcilla es tan importante que las cosas han cambiado. Si antes tener una casa de ladrillos era un signo de pobreza, hoy da estatus tener una casa hecha de ladrillos artesanales. Yo aprendí de mi familia el oficio. Antes, cuando estaba más joven, no le prestaba mucha atención a mi papá cuando me decía que buscara la mejor arcilla y le pusiera cuidado. Con el tiempo, me di cuenta de que era verdad: si uno busca la mejor arcilla y le dedica tiempo, el producto queda mejor y dura más. Me siento orgulloso de ser pampero. Me siento orgulloso de que mi tía, casi por juego, hiciera que este oficio nos gustara.

Luis “Luigi” Rodríguez, artesano.

Pertenece a la tercera generación de una familia de mineros del carbón y de moldeadores y moldeadoras de arcilla.

⁵ El carbón genera una actividad productiva con extensas redes de interconexión; entre estas, se destacan: la producción de coque, a través del proceso de quemado a muy altas temperaturas del carbón mineral; la producción de bloques para la alfarería; y la producción de ladrillos, a través de las pampas u hornos artesanales.

Hombres y mujeres de Lobatera señalan que no hay alfarería sin carbón. Esa información es clave en un país donde la construcción de viviendas para las comunidades más vulnerables se ha vuelto una política de Estado. Es una invitación a quienes toman las decisiones gubernamentales a ver en estas aldeas la fuente de esos materiales.

Acá, somos tanto gente de carbón como de arcilla. Cerca de mi casa tengo mi mina. De ahí, saco el carbón que necesitamos para quemar, a fuego lento, los ladrillos de arcilla.

Usted ve nuestra casa: ¡está así de grande! Esa la heredamos y la mejoramos, todo lo construimos nosotros con nuestras propias manos. Son más de 300 m² de construcción, que abrazan el producto de nuestro trabajo: en las paredes, en el suelo, en la entrada de la casa.

En esta casa –la misma casa donde vivió mi mamá, siendo prácticamente una niña a la que papá raptó cuando ella tenía apenas 17 años, y él 42–, nos hicimos, primero, mineros y, luego, artesanos. Acá está nuestra historia y la de nuestros hijos y nietos.

Rafael Rodríguez



Nosotros empezamos el oficio por obligación y por necesidad. Éramos muchos y, bueno, papá estaba muy mayor. Comenzó la producción de muchachos siendo ya viejo. Por eso, lo que nos llevamos es apenas un año. Mamá tuvo 12 hijos, pero dos ya murieron. Así que había que trabajar. Empezamos con la mina y, después, escogimos ser artesanos, porque ahí uno es como más artista, ahí uno crea más; pero, ¡claro!, todos sabemos sacar carbón.

A mí me gusta más este oficio: uno moldea la pieza, con los pies y con las manos, le va agarrando la consistencia. Después le da la forma, la deja secar y la lleva a la pampa. ¡Tóqueme las manos, para que vea cómo las tengo! Esa es la arcilla y... bueno, el sol, porque uno trabaja a la intemperie. Pero el producto lo hace uno, y el de los Rodríguez es uno de los mejores ladrillos. Tenemos mucha variedad, porque nos gusta este oficio. ¡Nada se desperdicia!: todo se vende.

Ana Luisa “la Independiente” Rodríguez
(52 años) minera y pampera.

Tuvimos que aprender porque esa era la obligación que había. Todos sabemos los dos oficios. Nosotros, nuestros hijos, nuestros nietos, y los bisnietos no todavía; porque están muy chiquitos. Pero, en lo que ellos tengan conocimientos, también van a conocer este oficio

porque esto es de la familia. Sesenta y cuatro Rodríguez saben de minería y alfarería.

Sonia Rodríguez (60 años), pampera.

Yo quería que a mis sobrinos les gustara hacer ladrillos, que les gustara trabajar la arcilla. Yo los ponía, de pequeñitos, a hacer competencias, y les daba algo para que se entusiasmaran. No era un pago, era como un incentivo para que le agarraran el gusto a lo que uno hace y a lo que uno aprendió. Me quedó tan bien, que la nieta de una de mis hermanas —tiene 16 años—, y uno de mis sobrinos son artesanos.

Estamos todos. Juntos, pero no revueltos. Todos trabajamos la alfarería, pero cada uno tiene su producción. A veces, hasta 4000 piezas por semana. Todo se vende, casi que a clientes fijos. Unos vienen hasta acá, con camiones, a llevarse los ladrillos; y las otras piezas. ¡Nada se queda sin vender!

Ana Luisa Rodríguez

Este es un trabajo en el que todos hacemos algo. Esta es la casa familiar. Acá crecimos. Todos tenemos una habitación y un espacio para la familia, pero cada uno de nosotros tiene su casa alrededor de esta casa familiar:

la de mi hermana está allá abajo; ella ahorita la está terminando. Mi nieta ya trabaja en esto. Los hijos todos son artesanos de la alfarería, todos ponemos un granito para que esto siga produciendo.

Más abajo, está la bocamina. Desde acá, se ve. Está cerca de donde tenemos la arcilla. De ahí, sacamos el carbón para hacer la quema.

Carmen Rodríguez
(66 años), pampera.

Yo trabajo en la alfarería; pero, primero, fui minero. Entre las dos, prefiero la alfarería. Tengo, en esto, más de 30 años, y mi hijo empezó en esto también. A él no le gustaba estudiar, y quien no estudia tiene que trabajar y ayudar a la familia. Este es un negocio familiar.

Nosotros, como todos los pamperos, hacemos nuestras pampas. Este es un trabajo en donde uno hace todo. Uno saca la arcilla, hace las piletas para el agua, mete la arcilla en la piscina, y le da con los pies para que agarre la consistencia. Luego, llevamos la arcilla a los moldes, que son gaveras hechas por uno mismo, de madera. Ahí, se mete la arcilla y se deja parejita. Después, se deja secar por un tiempo; después, se mete en la pampa; casi por una semana, se deja cocer; y tres días para que se enfríe el ladrillo. ¡De ahí, ya está listo!

La época de lluvia no es buena porque no se secan los ladrillos y, bueno, algunas pampas ya viejas —como la mía— se parten. Esa que usted ve ahí tenía más de 20 años; se vino abajo por la lluvia. Pero ya la estoy reparando.

El carbón es la materia prima más importante, después de la arcilla. Uno mete en la pampa carbón, entre cada pieza. Hay que hacerlo bien para que haya buena quemada. Uno, ¡fácil!, gasta para cada quemada, entre 2 y 2.5 toneladas de carbón. Yo se lo compro a la mina La Bolivariana, porque yo no tengo mina.

Yo hago unos 9000 ladrillos por mes. Los vendo siempre. He vendido los ladrillos a gente de Mérida, de Carabobo.

Uno de los hijos trabaja conmigo. Él también es pampero. A esto se dedica quien no quiere estudiar. Él dejó de estudiar y, ahora, está conmigo, es mi socio.

Wilmer Moncada

Yo empecé en este negocio, por la familia. Empecé a trabajar desde los nueve años, pero no por obligación.

Cuando empecé en el bachillerato, me fui por la parte técnica. Yo soy técnico medio en Informática. Yo también saco el carbón de



la mina de la familia. Uno sabe de minería y de artesanía. Yo escogí la alfarería: me gusta más, esto es más creativo.

A mí me gusta más la alfarería porque yo me pongo a ver cuáles materiales son los mejores. Ahora busco mejor la arcilla, y me he puesto a hacer diseños nuevos para los tablonos, las chapillas.

Una vez, experimentando con mi papá nos salió un ladrillo más quemado. Ese lo guardamos para nosotros, pero entonces vino una gente, y a ellos les gustó ese ladrillo y, desde ahí, lo comenzamos a vender porque a la gente le gusta ese modelo.

A nosotros, se nos presentó la posibilidad de mecanizar el proceso, pero nos dio un poco de desconfianza, y no lo hicimos; y nos fue bien porque los que mecanizaron hacen todos las piezas iguales; mientras que nosotros, que seguimos de manera artesanal, tenemos más materiales y más bonitos. A la gente le gusta más la alfarería artesanal.

Ahora, muchas de esas empresas que mecanizaron quebraron.

Mi mamá (Viviana Zambrano) vive en Palmira. Nosotros somos cuatro hermanos, pero tres se fueron del país por la situación económica. Yo prefiero quedarme; a mí no me va

mal. Yo vendo todo lo que hago. De un tiempo para acá, la venta está mejor. Ahora viene más gente a comprarle a uno.

La diferencia del trabajo que yo hago con respecto al de papá (Rafael Rodríguez) es que mi papá palmetea (darle con la tabla para unificar el ladrillo para que le quede liso) el ladrillo con más cuidado. Mi papá agarra las dos masas y hace 600 ladrillos grandes, por semana; yo no soy capaz de hacer eso. Mi papá lo hace por la experiencia. Este es su trabajo de toda la vida.

A mí, el ladrillo me ha dado todo lo que tengo. Yo no me voy de mi país. Yo creo que sí se puede. Si las personas se dedican, con afán, vamos a salir de esto. Lo que hace falta es voluntad.

Luis “Luigi” Rodríguez

Capítulo 3

Mujeres mineras:

la leyenda de las Amazonas





La cuestión femenina, en las comunidades mineras de Lobatera, pareciera no estar presente a menos que uno se fije en detalle. Las mujeres en las minas del carbón no se ven, a simple vista: no están en la faena de picado, carretilleo o en la bocamina trabajando. Sin embargo, las mujeres de Lobatera son bastión fundamental de las familias mineras del carbón. Quizá, en alguna época, aunque no hay detalle preciso sobre ese evento, trabajaron la minería junto a los hombres o a la par de ellos, en minas propias.

A pesar de las pocas evidencias de su trabajo físico en las minas, ellas, las mujeres, hacen las familias mineras y forjan a los hombres en los principios esenciales del trabajo, como lo son: responsabilidad, seguridad y perseverancia.

Las mujeres se meten en las minas cuando hay necesidad, hacen algunas labores aunque esto poco se vea; y a pesar de que, en la actualidad, no ejercen de manera directa la labor, están ahí cuando así se requiere.

Cuando se les pregunta a los mineros por las mujeres mineras, responden:

La minería no es trabajo para mujeres: no es que no lo puedan hacer, sino que esto es muy rudo. ¡Este trabajo no es para mujeres!

Rafael Rodríguez

¡No! No hay mujeres mineras del carbón. Una vez cuando era niño escuché que había unas mujeres que sí hacían la minería. Les decían “las Amazonas”. Parece que trabajaban en la zona de Cazadero. Eso era lo que se oía, pero yo no sé de mujeres mineras, salvo Marisela, que ella trabaja con su esposo, el señor Alfonso.

José Miguel Parra Labrador

Se escuchaba que había unas mujeres que sí eran mineras. ¡Sí! Les decían “las Amazonas”. No se sabe con exactitud en qué zona

trabajaban. Probablemente, eso fue hace muchos años. Algunos dicen que ellas trabajaban en uno de los sectores de Cazadero, pero no hay evidencias, al menos que yo conozca, de eso.

Breiner Said Chacón

Se escuchaba que había unas mujeres que eran mineras, probablemente venían de Colombia, que allá las mujeres sí son mineras. Aunque mi esposa Marisela sí sabe de minería. Ella trabajaba conmigo. Ella llevaba las cuentas, la administración de la mina. Yo le enseñé cómo se hace todo, solo para que supiera no para que fuera minera. Yo le decía que ella tenía que saber para poder evaluar lo que los trabajadores hacían. Si uno no sabe, entonces, no puede ni mandar, ni exigir.

Alfonso Bastidas Gómez

LAS VERDADERAS AMAZONAS

Yo fui minera, yo trabajé la minería antes de ser alfarera. Aprendí por obligación, como todos en mi familia. Nosotros los Rodríguez, todos hombres y mujeres somos mineros y alfareros. Ser pampero es igual de fuerte. Estar en el sol, sacando arcilla, amasando con los pies y dando forma con las manos; agachados; no es un trabajo fácil... En mi casa, todas



**Minero Alfonso Bastidas y Hernando Bastidas Ramírez.
José Ángel Mora, 26.10.2018**



mis hermanas han sacado carbón, entonces todas fuimos mineras. Ahora, somos artesanas. Ninguna ha dejado de trabajar. Trabajan los varones y trabajamos las mujeres. Acá no hay diferencia.

Ana Luisa “la Independiente” Rodríguez
(54 años), minera y pampiera.

Yo me hice minera por mi esposo. Yo soy de Lobatera y mi familia es de esta zona. Vivimos en La Parada, desde hace más o menos 20 años. Yo lo ayudo a él, en todo el trabajo. Acá está toda la familia: mi esposo, mis tres hijos y, ahora, mi nieto de meses.

Sí, la gente dice que soy minera, porque siempre he estado en la mina. En las minas, hago de todo. Estoy pendiente de los mineros, de que se haga el trabajo bien, de contar la producción, de que todo funcione bien.

Para nosotros, lo importante es tener seguridad.

Como Alfonso sabe de minas, nuestra mina es una de las que tiene mayores medidas de seguridad. Él aprendió en Colombia, de donde es él.

Marisela del Valle Ramírez (40 años), minera.



Yo trabajé con mi esposo José Miguel Parra a la par. Lo ayudé en la mina. Estaba en la casa: hacía comida para los mineros. Siempre estuve a su lado, nunca dejé de ir a la mina. Recuerdo, hace más de 40 años, las primeras minas, las de la parte alta la de La Escondida, la de Los Parra. Esas fueron las primeras minas. Siempre estuve ahí.

Recuerdo que, en la época de Carlos Andrés Pérez, se comenzó a hacer la carretera. Desde ese momento, se terminó la agricultura. Para quienes nos criamos como yo, sin mamá, porque la perdimos de pequeña, todo fue trabajar y trabajar; ayudar, primero, al papá; después, al esposo y, ahora, a los hijos.

A mi esposo lo conocí yendo al odontólogo, el señor Miguel. Era jugador de ajilei y de ruleta. Después, él fue a la casa de papá a comprar cacao, porque nosotros vivíamos de la agricultura; y, ahí, nos enamoramos, nos casamos y, de ahí, nos fuimos a vivir a Palmira.

El trabajo del minero es duro. Por eso, no quería que José Miguel (mi hijo) fuera minero. Pero teníamos la mina, y no se podía dejar sola. Así que a todos nos ha tocado meternos ahí, a seguir trabajando para ganar el sustento.

Siempre trabajamos. Yo era camarera del hospital de Lobatera. Así que trabajaba mucho y nunca abandoné nada. Así críe a mis hijos, con el esfuerzo propio.

Hoy, tenemos árboles frutales, criamos cochinos, gallinas y cabras. Trabajamos para tener lo que tenemos.

Tenemos una casa en La Parada (la aldea), cerca de la mina Los Parra. Hace poco, recuperamos la mina que un grupo de trabajadores nos quitó diciendo que no les pagábamos suficiente. Ellos nos la quitaron y la dejaron abandonada. Eso me causó preocupación. Una mina que nosotros hicimos —¡que mi esposo y yo construimos!— nos la quitaron por maldad; porque, después, la dejaron abandonada. Gracias a Dios Santísimo, ya la recuperamos y, ahí, estamos trabajando.

Ana Esperanza “la Nena” Labrador
(67 años), la matriarca.

Como mucho trabajo femenino, el de las mineras no se ve. No obstante, al escuchar las historias de estas mujeres descubrimos que así como el carbón, el agua, el fuego y la arcilla son vitales, la labor de las mujeres es la columna vertebral de las familias mineras de Lobatera.

Cuesta creer al escuchar cada historia que, entre esos vericuetos, no se vea a la mujer minera de manera fáctica. Cuesta creer que, en comunidades remotas como la de estas aldeas mineras, las mujeres no hayan trabajado a la par de los hombres (padres, esposos o hijos). Cuesta creer, sobre todo, porque el ingreso familiar en familias pobres no



desecha el trabajo de algunos de sus miembros; aunque por tradición la mujer no se vea y, en muchos casos, su aporte sea mayor e incluso más importante que el de muchos hombres.

Mi nono [abuelo] no le dejó herencia a las mujeres, puro a los hombres. ¡Mis tías se fajaron! Pero no sé por qué mi nono no les dejó nada a ellas. Pero eso no las amilanó.

Mi tía Ana Luisa echó para adelante, por sí misma. Tiene su propia alfarería, trabaja más que nadie. Ella es una de las mejores de los Rodríguez. Ella es una mujer de verdad, independiente. Ha logrado todas las cosas que tiene puro trabajando.

Luis “Luigi” Rodríguez

Quizá, la misma razón del nono sea la que ha llevado a que la historia de las Amazonas mineras de Lobatera, también como las de la leyenda griega, no se haya hecho conocida. Probablemente tenga que ver con que este rudo oficio, si es hecho por mujeres, deje de verse tan rudo como efectivamente es.

En la mitología griega, las Amazonas eran un pueblo guerrero, eran mujeres cazadoras cuando esa actividad estaba reservada solo a los hombres. A ellas se les atribuye la fundación de Éfeso y la construcción del Gran Templo de Artemisa, pero no hay evidencias palpables de eso. Ellas no construyeron su historia, su historia la escribieron otros. Quizá

por eso sean una leyenda, y no un hecho que estudiemos como una historia real.

Quizá, también las mujeres mineras necesiten escribir por ellas mismas su propia historia, escribirla a su imagen y semejanza, sin alguien que las traduzca. Necesitan hacer nuevos recorridos. Tal vez, en ese (re)andar las Amazonas mineras dejarán de ser una fábula para convertirse en parte de la historia y la cultura de los mineros del carbón del Táchira.

BENDITO DIOS, LA FE ANTES QUE TODO

Así como hay historias de las que pocos saben, hay mucha evidencia, oral y escrita sobre la religiosidad en este oficio. Cuentan algunos saberes que mientras más difícil es lo que se haga y mientras nuestras acciones dependan una alta dependencia de la naturaleza, el hombre se afianza más en la fe. No hay duda de que eso funciona en las minas del carbón de Lobatera.

Como todo trabajo, la minería tiene sus riesgos. Pero uno se encomienda al Dios bendito, antes de cada faena... Desde mi razón de ser estoy aquí, como por un designio divino. Si mi Dios me permitiera volver a nacer, lo que encontraría sería bienvenido, porque donde quiera me ha ido bien.

Manuel “Toñito” Ruiz



La fe forma parte esencial de la vida de estos hombres y mujeres de trabajo. Cuando caminamos, vemos las capillas, monumentos artesanales consagrados a la religiosidad minera. Las figuras de las vírgenes del Carmen y de la Chiquinquirá se vuelven parte cotidiana de estos calurosos paisajes.

A 100 metros y más de profundidad, escasa iluminación, aire enrarecido por la falta de oxígeno limpio, parajes humedecidos con la profundidad, Dios es el ancla de este trabajo riesgoso.

No en vano el oratorio de la mina Los Parra, en la aldea La Parada, se ha convertido en lugar de culto a la religiosidad del minero del carbón.

La idea del oratorio se la vendió Toñito a José Miguel Parra padre. Vino de una conversa que tuvo con monseñor Erasmo de la Cruz Chacón, quien le dijo: “Dios ha de darse a conocer de cualquier manera”. El señor Parra le compró la idea. Así que comenzó la labor y, una vez terminado el oratorio, Monseñor lo visitó y se comenzó a hacer el viacrucis. Desde 2004, llevan 14 viacrucis.

El oratorio tiene la finalidad de dar a conocer la cultura minera, porque está ahí en la mina. Ahí la sociedad se da cuenta de todo el proceso de producción de la actividad minera. El oratorio está a 25 metros de profundidad y, ahí, se ven las galerías. En el oratorio, escucho el grillido de las rocas, porque los sentidos se agudizan. Incluso, se crean otros sentidos.



Yo creo que el sufrimiento es lo que nos hace crecer como personas; porque, cuando sufrimos, comenzamos a valorar lo que tenemos.

Manuel “Toñito” Ruiz

Nosotros creemos en Dios bendito, en la Virgen, en la fe religiosa. Todo se mueve por el poder de Dios. Nacimos creyendo con fe, y les trasmitimos a nuestros hijos esa creencia y ellos se las transmiten a sus hijos. Va así, de generación en generación.

Hubo, una vez, un monseñor que maldijo al pueblo. Entró acá, cruzó los brazos y dijo: “A este pueblo no le va a ir bien porque acá hay gente que no va a la iglesia”. ¡Y fíjese, viejita!, que eso es verdad: hay gente que nunca ha entrado en la iglesia, y eso nos hace mal a todos

Uno escucha a una gente que dice que hay brujas, que hacen cosas feas, que se transforman... y bueno, son muchas en el pueblo. Algunos dicen que esas brujas hasta van a la iglesia. A uno lo que le da es miedo. Para cuidarse, hay que mantener la fe, encomendarse para estar protegido de esos males.

Ana “la Nena” Esperanza Labrador

En La Parada, la espiritualidad marca una tradición desde hace casi 14 años, el oratorio en la mina Los Parra se ha convertido en lugar de peregrinación y viacrucis para propios y, ahora, hasta para extraños.

Producto de esa espiritualidad, de la convicción al trabajo y del respeto hacia los otros es que Manuel Antonio “Toñito” Ruiz se ha convertido en un importante referente para los mineros de la aldea La Parada. Muy probablemente, también, sea referente para otras gentes de otras comunidades cercanas o lejanas al carbón.

Antes de entrar a la mina, los mineros se hacen la señal de la cruz, una ofrenda al Todopoderoso, un acto para sentirse protegidos, para que entrar al negro túnel sea la primera parte de la jornada; la segunda, es la salida airosa al aire y a la luz.

Ser ateo, oficio propio de algunos creyentes de la ciencia, acá es un pecado mortal. “Los ateos —que los hay y, ahora, hay más— le hacen daño a la comunidad, la vuelven mala”. Tiene que haber un proceso de reconversión a la fe para que su poder antirreligioso no perturbe la espiritualidad de quienes viven en estas aldeas.

Hay que ser creyente, agradecido, y encomendarse, antes que nada, a Dios.

José Miguel Parra Labrador



Capítulo 4

Lo ambiental:

un problema y algunas soluciones



Como en toda actividad minera, el carbón impacta sobre la naturaleza, y las consecuencias terminan afectando a la gente y a sus comunidades.

Cuando la minería de carbón se hacía a cielo abierto y cerca de las nacientes de ríos y quebradas, se generó la contaminación en fuentes que nutren de agua potable a las comunidades. El agua, vital líquido para la vida, se convirtió en suceso de protestas.

Paradójicamente, el carbón tiene una poética de la contaminación. La contaminación provocada por el carbón ha venido acompañada de bellos e indescriptibles amaneceres y atardeceres; también ha generado en las aldeas de Lobatera esos bellos pozos de agua azul que, hoy, se convierten en importantes lugares de visita obligada de turistas. El azufre parece ser el responsable de ese hermoso color y, a pesar de ser lagos o pozos con alta acidez, ahí, los lobaterenses se han bañado desde hace muchos años.

Nosotros crecimos bañándonos en esos pozos. Sí sabemos que están contaminados. Pero nunca nos pasó nada.

Breiner Said Chacón

Los Rodríguez tenemos, como compromiso, realizar jornadas para el mantenimiento de la vía. Cuidamos que los árboles no invadan la carretera. Estamos pendientes de las fuentes

de agua, adonde nosotros trabajamos. No se abren minas en las nacientes de los ríos o de las quebradas; tampoco permitimos que nadie más lo haga.

El problema con la contaminación es que uno mismo termina afectado por hacer las cosas mal. Por eso, hay que ser cuidadosos para cuidar el ambiente... la Tierra, porque de ella vivimos.

Rafael Rodríguez

Uno sabe que hay contaminación. El carbón contamina. Eso no es un secreto. El humo de la pampa es contaminante. Ese es un problema; pero, bueno, como no es tanta la producción el humo se dispersa rápido.

Luis "Luigi" Rodríguez

Conscientes de la importancia de lo ambiental para generar una minería con menor impacto, se han formulado algunas propuestas; entre estas y debido a la necesidad de madera para la construcción de las estructuras internas de las minas, se ha planteado la creación de una galería de bosques para minas. Estas formaciones vegetales serían solo para uso de los mineros, lo que evitaría la deforestación, tal como lo establecen las normas del órgano rector en materia ambiental.



Garganta de Pozos Azules, en Lobatera. José Ángel Mora, 27.10.2018



En el sector La Parada, en la fila que colinda hacia el occidente algunos técnicos y mineros reportan actividad faunística, se escuchan los araguatos o monos aullador (*Alouatta seniculus*), se han avistado incluso cunaguaros (*Leopardus pardalis*), además de aves, en especial gavilanes como el gavilán bebehumo (*Buteo platypterus*), halcones como el caricari o carancho (*Caracara plancus*).

Algunos testimonios indican que la Universidad Nacional del Táchira (UNET) realizó un estudio que constató la presencia de aves características de ambientes llaneros, amazónicos y andinos, lo que podría significar que la fila Las Flores pudiera convertirse en un refugio o corredor ecológico.

En marzo de 2018, el Ministerio del Poder Popular para Desarrollo Minero Ecológico hizo visible la importancia de la fila occidental Las Flores. Los técnicos de esta institución, conjuntamente con autoridades de CVM Carbosuroeste, han venido realizando las gestiones para generar interés en los órganos con competencia en materia ambiental.

Estos antecedentes y sus llamados de atención se logran gracias a una comunidad preocupada por sus espacios naturales.

Capítulo 5

La frontera:

hoy, los extranjeros somos nosotros





La herencia foránea también se deja ver en este pueblo fronterizo. Al escuchar sus historias reconocemos el ancestro: bisabuelos, abuelos, abuelas, madres, esposos, nacidos en tierras colombianas, pero con vida hecha en Venezuela. Quizá esta cercanía filial hace que, para muchos, el proceso migratorio sea más sencillo y, por tanto, sea casi un lugar común conocer por voz propia a aquellos venezolanos que se van al norte de Santander como mano de obra, pero regresan de vuelta a la patria a traer a la familia el fruto de su trabajo.

Es preciso reconocer también que las relaciones binacionales en la frontera se ven con mayor claridad que en el resto del país y si, hoy, el cambio favorece más a Colombia hasta hace poco tiempo el proceso era inverso; y éramos los venezolanos quienes avivábamos la relación entre los dos países.

Hoy, la herencia binacional forma parte del legado de los tachirenses, en general; y de los lobaterenses, en particular:

Mi esposa (Daniela Manrique, de 22 años) viene de una familia colombiana. Ella es venezolana, pero su familia sí es de allá. Ellos tenían unas tierras en Lobatera. Producían tomates, maíz, caña; pero todos se han ido a Colombia. Allá, están sembrando; allá, venden su producción. Se fueron porque acá ya no resulta beneficioso.

Luis “Luigi” Rodríguez

Yo soy un venezolano nacido en Colombia. Tengo más tiempo en Venezuela que en mi país de origen. Mi papá se vino a Venezuela y, acá, tuvo hijos. Unos somos colombianos; y otros, venezolanos. Yo soy de estos últimos. Acá hice mi vida: aprendí a trabajar, descubrí lo que me gusta mi esposa, que es venezolana, y de aquí son mis hijos.

Manuel “Toñito” Ruiz

Yo nací en Colombia, allá estudié me gradué de técnico en Minas; pero, desde hace más de 50 años, estoy en Venezuela. Yo recorrí el país trabajando en las minas: estuve en Bolívar, pero me quedé en Lobatera. Yo loqueé mucho, pero me asenté. Conocí a mi esposa Marisela, me enamoré, y acá hice mi familia. Esta tierra me ha dado todo.

Antes había muchos colombianos; pero, con la crisis, se regresaron. Yo no me voy a regresar. Mi hijo sí quiere irse a trabajar allá, pero se va a ir cuando cumpla la mayoría de edad.

Alfonso Bastidas

Papá se fue a Colombia porque se había opuesto al régimen de Gómez; y, bueno, se fue huyendo. Él era minero, trabajando en Colombia conoció a mi mamá, él tenía 42 años y ella 17. Estuvieron un tiempo por allá

y, después, regresaron y se asentaron en Lobatera, donde nacimos todos.

Nosotros tenemos los ancestros colombianos, pero también venezolanos. La mamá de mi mamá, mi abuela, ella era venezolana.

Rafael Rodríguez

Tengo muchos años en Venezuela. Trabajo en las minas. Este es mi oficio. He tratado varias veces de obtener la nacionalidad venezolana; sin embargo, el papeleo se me hace cuesta arriba. Uno no tiene tiempo para ir a buscar papeles: el tiempo de uno está dedicado al trabajo.

Javier Boada (40 años), minero.

El desplazamiento migratorio a pesar de su importancia y de la historia que posee, deja hoy una impronta imborrable. Se estima (estadísticas internas de Carbosuroeste) que, para el año 2011, unos 1200 mineros artesanales hacían vida en las minas de Lobatera; hoy estadísticas no formales indican que un poco más de 150 personas, entre mineros y pamperos, se encuentra trabajando de manera activa el carbón en esta zona.

Nosotros, quizá, somos hoy el país que aporta más cantidad de mano de obra especializada y no especializada a la hermana República de Colombia. Hoy, Lobatera se ha



quedado, prácticamente, sin gente joven, debido a este desplazamiento.

Breiner Said Chacón



Ingeniero Breiner Said Chacón.
José Ángel Mora, 29.11.2018

Nosotros contratamos gente para sacar el carbón. Yo contrataba mineros colombianos. Esos eran buenos trabajadores: sacaban más carbón que nosotros; pero, desde hace unos seis años, la mayoría se fue y, también, se fueron muchos mineros venezolanos.

Con el cambio de la moneda, sale mejor trabajar en Colombia. Allá ganan más; pero, también, la minería en Colombia es más insegura. Uno siempre escucha que ha habido muertos.

La mayoría de los mineros que se van, se van indocumentados; y es eso malo porque muchos que saben del trabajo minero se van para allá y dejan toda esa experiencia que en Venezuela se necesita.

Lo que uno quiere es que el Gobierno dé los permisos para trabajar de manera legal. Yo vengo de una familia trabajadora. Mi mamá, la Nena, era campesina. Ella trabajaba desde pequeña: a los nueve años, cocinaba para los obreros. Ella aprendió un montón de cosas que, después, nos enseñó a mi hermana y a mí. Mi mamá todavía va a La Parada, a ayudarme con los obreros. Yo vengo de esa cultura de trabajo.

José Miguel Parra Labrador



Capítulo 6

Trazos identitarios de los entrevistados:

los que componen estas historias mineras



José Miguel Parra Labrador (32 años). Es un joven dinámico y emprendedor. Uno que no se queda quieto nunca. Él se profesionalizó en Enfermería, pero ejerce la minería con la pasión de quien descubre un invento nuevo y tan atractivo que resulta imposible dejar.

Él es el hombre de la casa de los Parra-Labrador. Es el quien sigue la tradición familiar. Es minero. Pero, también, hace arequipe, queso y mantequilla; gracias al aprendizaje que le dio la Nena, su mamá.

José Miguel está casado con **Mileidi Ramírez Zambrano (34 años)**. Ellos son padres de dos niños: un varón, de siete años; y una nena, de cuatro años.

José Miguel quiere irse del país a trabajar en Chile, en el sector salud. Pero, si las cosas cambian y se autoriza el ejercicio minero, va a seguir empujando su trabajo en los yacimientos del carbón en Lobatera.

Ana Esperanza “la Nena” Labrador Hernández (67 años). Nacida en Lobatera. Es matriarca de la familia Parra-Labrador. Comenzó a trabajar desde los nueve, al perder a su mamá. A partir de entonces, se constituyó en el bastión de la familia. Ayudaba a su padre con la comida para los obreros. Esta experiencia le sirvió para convertirse en una cocinera profesional, ¡de las mejores que hay!

Ha acompañado a su esposo en el arte de la minería. Ella, junto con José Miguel padre, levantó la

mina, a punta de esfuerzo y sacrificio. De hecho, ella la mantiene hasta hoy.

Ana Esperanza sabe mejor que nadie cómo se mueve la minería, y más la de los Parra. Conoce los mecanismos para sacar el carbón; cuánta gente se necesita para una buena producción; sabe si la mina está segura o si le hace falta mejorar las maderas que la sostienen; sabe, a perfección, del trabajo que hace José Miguel, su hijo.

La Nena es un personaje de esos que nos enseña a perseverar en todo: en las buenas y en las malas. Para ella, cada situación nos deja un aprendizaje, y la vida es mejor cuando uno se sosiega y le ve el lado bueno a las cosas.

En esta familia matriarcal, los ingresos son diversificados, y si bien dependen de la producción minera, ella y su hijo trabajan en el sector de salud. Ella es camarera jubilada y José Miguel es el enfermero en el pueblo de Lobatera. Además, crían cabras, gallinas y cochinos; tienen árboles frutales y cosechan algo para la comida diaria. Es una familia que se autoabastece y cuyo sustento les genera su visión de independencia.

Su casa en La Parada está a la orden de cualquier desconocido que le genere cordialidad. Su mina, su casa y sus tradiciones siguen firmes para sus descendientes. Ella, más que cualquier otra, es una mujer de carbón y trabajo.



Manuel Antonio “Toñito” Ruiz (50 años), minero. Toñito es una autoridad en materia de conocimientos mineros. Su verbo acabado y fácil para la conversa, además de su fe religiosa lo han convertido en un referente para los mineros del carbón en Lobatera y para quienes llegan a esas minas de visita.

Toñito ha ejercido de minero en Lobatera, desde hace al menos unos 30 años. Luego de un largo recorrido que lo llevó a deambular por varios estados del país, en donde realizó una multiplicidad de trabajos, que van desde el cuidado de caballos, la venta ambulante —o ser turco, como él mismo se definió—, la agricultura; encontró una actividad que ama ejercer: la minería del carbón.

Toñito es de esos personajes que, aunque nació en la zona fronteriza colombo-venezolana, se ha vuelto tan venezolano como cualquiera de nosotros.

Está casado con una joven de Lobatera **Yeny Marcela Geraldo López (33 años)**. Ellos son padres de cuatro niños venezolanos: Vanessa, de 15 años; Mario Antonio, de 13; Matías, de 5; y Yonaiber, de 12 meses.

Toñito es quien enseña a los niños el significado de creer en Dios. Su fe la transmite a los jóvenes lobaterenses a través del viacrucis anual en la zona La Parada, donde esta travesía religiosa ya trasciende a la comunidad minera.

Toñito aprendió el oficio minero de la mano de José Manuel Parra padre y de los Rodríguez, con quienes aprendió el oficio de la alfarería.

“Fui alfarero y lo dominé, pero yo soy minero. Juntos son buenos oficios, pero hay que tomar uno, y yo escogí la minería”.

Toñito es una especie de enciclopedia sobre el trabajo de las minas y las historias que sobre esta actividad se cuentan.

Marisela del Valle Ramírez (40 años), Alfonso Bastidas Gómez (70 años), Hernando Alfonso Bastidas Ramírez (16 años). Todos son mineros. La familia Bastidas-Gómez representa un caso muy especial. Marisela ha sido considerada como una de las pocas mineras en el sector La Parada. Ella se ha desempeñado como la administradora de la mina familiar regentada por don Alfonso Bastidas. Como aprendiz de su marido, Marisela recorrió cada espacio del trabajo minero. El esposo la orientó en cada etapa, y le enseñó que “no se puede guiar lo que no se sabe”. Esa es la sentencia del señor Alfonso, por eso Marisela conoce todo el proceso.

El señor Alfonso es un minero con una experiencia invaluable, procedente de Colombia. Se graduó de técnico en Minas, en un instituto similar a nuestro Inces. Aunque es experto explosivista, en su mina no se trabaja con explosivos. La mina familiar es una de las pocas que dispone de entradas de aire para evitar el envenenamiento por gases nocivos. Posee también túneles de protección, como vías de escape, en caso de que haya alguna catástrofe. Marisela conoce cómo se mueve el ejercicio minero de una manera segura.



Aunque, en la actualidad, en la casa de Marisela, trabajan solo tres miembros de la familia; antes, solían tener al menos unos 20 mineros contratados.

Hernando Alfonso, su hijo de 16 años de edad (el único varón de los hijos de Marisela), no quiso seguir estudiando y, por lo tanto, comenzó a trabajar en la mina con sus padres.

Hernando Alfonso y Marisela escuchan, con detenimiento, las respuestas del patriarca. Él sabe el oficio, y pone todo su empeño y su conocimiento para que las cosas salgan bien, porque ahí está su familia, lo más importante que tiene.

Don Alfonso es residente en el país y goza de algunos de los beneficios que el Gobierno ha otorgado a gente como él, quienes tienen toda la vida en nuestro país. Proviene de una familia con tradición minera. Dos de sus hermanos fallecieron en una mina en Colombia producto de una explosión por acumulación de gas grisú, esa experiencia le hace ser muy cuidadoso con la seguridad de su mina.

Al contar su historia, señala que de joven hizo muchas tremenduras: iba de acá para allá y de allá para acá; gastaba mucho, hasta que encontró a esa joven muchacha de extraordinaria belleza y la conquistó. Viven en La Parada, desde hace más de 20 años, en una casa construida por obreros pagados con el fruto del ingreso obtenido en la actividad minera.

Mientras el señor Alfonso tiene sus ancestros en Colombia, Marisela es oriunda de Lobatera, con raíces en esa tierra de gracia y bondad. Marisela es bachiller y tiene ganas de seguir estudiando.

Hernando Alfonso espera la mayoría de edad, para tener sus papeles en regla (la doble nacionalidad), para irse 'bien' a Colombia.

Yeison Parra (23 años). Es minero, desde los 14 años. Yeison es guía principal de cortes mineros. Trabaja en la mina La Fortuna en el Tibú, en Cúcuta. Se define como minero por vocación. Aprendió el oficio por su padre, y porque toda su familia vive de la actividad minera.

Se fue a Colombia a trabajar en la minería por la situación económica del país. No le gusta porque, allá, no es tan seguro; y porque, en Venezuela, tiene a toda su familia. “Estar afuera es difícil. ¡Es duro! Uno se enferma y no tiene quién lo cuide. Acá uno tiene a su familia, a su mamá, a su mujer, a sus hijos. ¡Es duro! Si la situación cambia, me regreso a mi país”.

Vicente Duque Parra (29 años). Minero, experto en apertura de frentes mineros. Trabaja en las minas colombianas, aunque nació en Cartanal, estado Miranda. Se fue a Táchira porque su familia es de ahí. Forma parte del grupo de jóvenes mineros que va a trabajar a Colombia, de 10 a 22 días al mes.

“En Colombia, es más peligroso y uno está como ilegal. Algunos sí tenemos un permiso para trabajar,



pero la mayoría no lo tiene. Trabajamos a nuestro riesgo: si nos pasa algo, eso no lo cubre nadie. La minería es igual acá y allá; pero, en Colombia, las minas son más inseguras”.

Juan Carlos Peñaloza (32 años), minero desde los 16 años. Comenzó siendo carretillero. Así fue cómo se cultivó en el oficio. Aprendió que, en una mina, uno nunca se mete solo, y más cuando uno tiene que regresar al país a ver a sus hijos. Tiene dos hijos: un niño, de siete años; y una niña, de dos años.

Gustavo Jaimes (29 años). Minero. Ha trabajado en las minas en Lobatera y en las minas de Colombia, en la frontera entre los dos países. Ahora, sabe cómo es la movida, busca a los mineros, los lleva y los trae, cada 10 días. Ellos laboran con un permiso provisional.

Breiner Said Chacón (39 años). Lobatero. Es ingeniero civil egresado de la Universidad Santiago Mariño. Técnico en Geología y Minería, con estudios en el Instituto Universitario de Tecnología - Región Los Andes, ubicado en Michelena. En su periplo profesional y antes de graduarse de ingeniero, obtuvo conocimiento haciendo trabajo de pasantía con empresas mineras mexicanas y japonesas. La ética laboral de los mexicanos guio su camino de aprendizajes.

Breiner habla con tanta pasión y conocimiento de las eras geológicas, como de la importancia que las minas de Lobatera tienen para el país. En 10 años como técnico para la empresa CVM Carbones del

Suroeste (CVM Carbosuroeste), ha aprendido, con mayor detalle, el oficio viendo la minería desde el trabajo que desempeñan los mineros del carbón.

Para este técnico minero, sin carbón no hay alfarería; la alfarería nutre la minería del carbón, como actividad conexas. A su juicio, no deben dividirse.

En sus visitas de inspección a las zonas mineras, ha detectado indicios de una fauna nativa que se mantiene en la zona, una especie de corredor faunístico en donde araguatos, aves diversas e incluso cunagueros han sido avistados. Breiner insiste en que se debe proteger ese patrimonio natural, y generarse una minería que dé seguridad y permita aprovechar las potencialidades del carbón de Lobatera que, comparativamente, es uno de los mejores a nivel mundial.

Javier Boada (40 años). El señor Boada, oriundo de la vecina Colombia, se muestra con la afabilidad propia de la sierra andina compartida por muchos de nuestros países hermanos. Con sonrisa fácil, explica cada paso de su faena diaria, en la mina La Bolivariana. En aproximadamente, 70 metros de entrada con poco menos de 90 grados de inclinación, comienza la faena. Las vigas de madera le dan soporte a la mina, y dejan ver color negro sin ningún tipo de mancha. Boada toma sus herramientas habituales, el pico, y la pala, y entra a mayor profundidad para extraer el mineral correspondiente a cada día



Vino de Colombia, hace tanto tiempo que perdió los vestigios de su tierra y adquirió los nuestros. Ha hecho los trámites para su nacionalidad, pero la burocracia y el papeleo le hacen perder el interés. No cuenta con los tiempos urbanos, por eso el proceso le caduca de manera reiterada. Le pasa igual que a sus paisanos Toñito y don Alfonso, quienes han perdido el interés ante la infinidad de papeles que hay que llevar para hacerse de una nacionalidad que, por trabajo, dedicación y afecto, ya les es propia.



Manos de minero del carbón. José Ángel Mora, 26.10.2018

LOS PAMPEROS

La familia Rodríguez está compuesta por 11 hermanos, de los que sobreviven 10:

Isbelia Rodríguez (69 años). Tiene dos hijos.

Carmen Rodríguez (66 años). Tiene dos hijos.

Rafael Rodríguez (62 años). Tiene cuatro hijos.

Sonia Rodríguez (60 años). Tiene seis hijos.

Manuel Rodríguez (59 años).

Luis Rodríguez (58 años). Tiene cinco hijos.

Maximiana Rodríguez (56 años). Tiene dos hijos.

Ana Luisa “la Independiente” Rodríguez (54 años).

Jorge Rodríguez (53 años). Tiene un hijo.

Héctor Rodríguez (51 años). Tiene tres hijos.

Los Rodríguez representan la historia de Lobatera, como pueblo minero. Todos ejercieron la minería, que heredaron como actividad laboral por parte de su padre, **Pedro Nolasco Rodríguez**, quien vivió hasta los 85 años y se desempeñó no solo como minero, sino también como artesano en San Cristóbal.

Fue perseguido político por el régimen de Juan Vicente Gómez, y tuvo que huir a Colombia.

Su mina está en Arenales, y su vivienda es como una pampa, hecha con tanto esmero que puede ser el marco perfecto para una postal de estas tierras mineras.

Margarita Blanco (murió a los 84 años). Era nacida en Colombia, pero de padres venezolanos. Muy probablemente, sus padres también huyeron de la



represión gomecista y, por eso, Margarita nació del lado colombiano.

Don Pedro viajó a Colombia a robarse a Margarita, a quien le llevaba un montón de años. Ella tenía 17 años, y él 42. Los Rodríguez dicen que su papá terminó de criar a su mamá.

Los Rodríguez aprendieron la minería obligados por la necesidad. Todos son mineros, por obligación; pero artesanos, por elección. Eso dicen ellos.

Su mina se encuentra en las adyacencias de la enorme y bella casa familiar, fabricada con los ladrillos que ellos mismos producen.

Cada hermano tiene un terreno alrededor de la casa familiar, y ya construyen su morada personal.

Todos los nietos y bisnietos —salvo los muy pequeños— saben de minería y de artesanía. Ellos son, quizá, los pamperos más importantes de la zona.

Luis Alfonso “Luigi” Rodríguez (22 años), hijo de Luis Rodríguez, y casado con **Daniela Manrique (22 años)**, con quien tiene un hijo en común, de casi un año.

Luigi se ha vuelto un importante pampero. Tiene su propia pampa y ha producido eficientemente, gracias a los conocimientos que le han heredados sus familiares, en especial su tía Ana Luisa, quien le hacía jugar a hacer ladrillos y les pagaba a los sobrinos para ver quién hacía los más bonitos. Luigi tiene un

negocio próspero que vende ladrillos a comerciantes que van a comprarlos directamente a su casa.

Luigi produce unos 3000 ladrillos semanales. Esta producción es equivalente a la que producen los Rodríguez en igual tiempo.

Cada ladrillo se vende a 7 Bs.S, pero varía de precio, si la calidad es mayor. Su producción y venta no se ha visto afectada por la situación económica del país.

Luigi es uno de los jóvenes entrevistados que no se quiere ir del país.

Wilmer Moncada (54 años), pampero; **Flor Parra**, su esposa **(49 años)**; **Deivis Moncada Parra (31 años)**, su hijo. El señor Moncada es un hombre recio, de hablar parco, pero con soltura política y sin miedo al enfado de quienes lo escuchan. No habla para agradar, habla con la convicción de quien cree en lo que dice.

Hijo de padres mineros, Wilmer aprendió el oficio como muchos de manera generacional. Habla y muestra cómo se hacen los ladrillos, cómo se hace la pampa. Lo lleva a uno, con orgullo, a la casa que recibió del presidente Chávez, arreglada y mejorada. Se concentra en hacer las cosas bien, en que su hijo sea un hombre de trabajo, en que en su casa no falte nada. Él y su esposa hablan de todo lo que han atravesado; y de cómo en los actuales momentos y a pesar de la crisis económica siguen empeñados en trabajar en el país, por el país y para el futuro de los nietos que ya están.



Valle de Lobatera. Eduardo Núñez, 23.11.2018

SEGUNDA PARTE

*Espacio social minero
en perspectiva histórica*



Lobatera, entre minas y alfarería

*Las minas de carbón de Lobatera tienen más de 70 años de producción sostenida.
Son las únicas minas subterráneas de carbón que le han dado tanto al país.*

Ing. geólogo Rafael Almeida (2018)





Lobatera es la capital del municipio homónimo, uno de los entes territoriales más antiguos del estado Táchira. Geográficamente, se ubica en el extremo centroccidental de la entidad. Se emplaza en la vertiente norte del ramal cordillera de los Andes, específicamente en el centro de la formación geográfica conocida como Depresión del Táchira. El valle de Lobatera integra un territorio de larga tradición agrícola, minera y artesanal.

Cultura, arquitectura, símbolos locales, geografía e historia de Lobatera están marcados por la presencia de yacimientos de carbón, caliza y arcilla. Al recorrer los poblados de este valle, se evidencia la herencia del carbón en sus diferentes usos: cocción, iluminación, fundición, calefacción y combustión; mientras que la arcilla y la caliza encuentran su utilidad en la fabricación de piezas de alfarería, cerámicas, material de construcción.

La explotación del carbón mineral de Lobatera⁶ se ha desarrollado, históricamente, en dos etapas: la artesanal y la industrial. El primer registro sobre la existencia de minas de carbón en Lobatera data de 1832, cuando el gobernador de Mérida, presentó una detallada descripción sobre aspectos geográficos y socioeconómicos de la entonces Villa de Lobatera.



**Preparación artesanal de panela tachirenses.
Cosme Darío Hurtado, 2006**

Es atávico que los habitantes de las aldeas mineras sean conocidos por su labor como alfareros; pues, antes de que se iniciara la explotación del carbón en 1930, todos se dedicaban a la construcción de tejas y ladrillos de adobe, de muy buena calidad, con los que se construían o reparaban las casas del pueblo. La presencia del carbón en el pueblo se hizo sentir en las antiguas celebraciones a las que asistían los pobladores de las aldeas mineras. Otro indicador del carbón en la historia

⁶En un informe presentado en 1981, María Casanova reseñó sobre la ubicación del yacimiento carbonífero de Lobatera: “El área carbonífera de Lobatera se extiende en dirección noroeste sureste, desde la quebrada Pozo Azul hasta el denominado Palo Grande, de la carretera San Cristóbal - La Fría (Troncal 1), entre los pueblos de Palmira y Lobatera. Esta área tiene una longitud estimada de 10 km y está limitada, al este, por el pueblo de Lobatera; y al oeste, por el Alto de El Teure, que es uno de los tres divisores de las dos vertientes del estado Táchira, cuyas aguas van al Orinoco y otras que van al Lago de Maracaibo” (p. 2).

de Lobatera son sus símbolos: la bandera y el escudo. Diseñada por la profesora Consuelo Pacheco en 1974, en ocasión del bicentenario de la creación de la Parroquia Civil y Eclesiástica de Lobatera, figura en uno de sus cuarteles una representación de la explotación de las minas de carbón. El carbón ha estado presente, sin que muchos lo perciban: así está en la forja; estuvo en la iluminación de las esferas del centenario reloj que, hasta la llegada de la electricidad en 1940, usaron lámparas de carburo para que todo el pueblo observara la hora durante las noches.

Samir Sánchez, fragmento de entrevista,
10 de noviembre de 2018.

En el informe elaborado por el regente de Mérida, se resaltó el carácter agrícola que identificó a Lobatera, desde su fundación colonial en 1593. En este documento, se asentó la producción de diversos rubros agropecuarios, destacando la excelente calidad de la panela de caña de azúcar (papelón), principal producto de intercambio con la localidad de Cúcuta. Sobre el carbón, la autoridad solo se limitó a señalar la abundancia “en madera de construcción y minas de carbón”⁷.

Esta afirmación señaló la existencia del mineral, sin referencia a explotación alguna. Otro registro, narrado por el cronista de Lobatera, en 1850, refiere la decisión por parte de la Diputación de Mérida, vinculada con las aldeas donde la autoridad del cantón de Lobatera ejercería el mando territorial. Se mencionó una aldea conocida, durante el siglo XIX, como “Las Minas de Carbón de Lobatera”⁸. Actualmente, esta aldea conforma, junto con La Cabrera, La Montaña, La Parada, Cazadero, Boca de Monte y Momaría, el eje donde la actividad productiva y cultural se focaliza en el aprovechamiento artesanal e industrial del carbón y la arcilla.

Documentos oficiales, publicados hacia finales del siglo XIX, indican la existencia de minas de carbón, calizas, arenas blancas, arcillas, yeso, minerales de hierro sulfurado. El informe anual presentado por el Gobierno del Táchira (1876), a la Presidencia de la República, incluyó una relación detallada sobre productos minerales, su localización, sus cualidades y algunas formas de explotación. En el distrito de Lobatera, se identificaron varias minas de carbón calificadas de “muy buena calidad”, cuya veta se extendía a lo largo del río Lobaterita, aguas abajo de la población de Colón. Sobre la producción, los usos, la comercialización, los propietarios o concesionario de las minas, no hizo referencia alguna.

⁷ Sánchez, E. S. (1993). *Lobatera tiempos históricos de una tierra de pioneros*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Caracas, p. 127.

⁸ Sánchez, E. S. (2018). *Diccionario de Topónimos Históricos del Táchira: siglos XVI al XIX*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, p. 225.



La autoría del inciso denominado “Productos Minerales” recayó sobre el ingeniero Carlos González Bona, uno de los socios de la Compañía Petrolia del Táchira. Entre las apreciaciones vinculadas a tales productos, señaló González, en 1876: “El carbón se brinda, a cada paso, como agente que civilizará”; y sobre las propiedades de la arcilla apuntó: “Más fina arcilla y mejores arenas para la cerámica”⁹.

La presencia de las minas de carbón en el estado Táchira fue confirmada en el informe *Riqueza Pública*, presentado por el Ministerio de Fomento, en 1891. Se identificaron 23 filones, ubicándose, solo en esta entidad andina, la mayor concentración (seis canteras); pero, en su totalidad, se encontraban sin explotar. Entre los poblados donde se localizan los sitios de mina aludidos en el mencionado informe, no se indica la aldea Las Minas, la cual había sido identificada en los registros oficiales correspondientes a 1850.

INICIO DE CONCESIONES MINERAS

La crónica local del 25 de enero de 1901 refirió el hallazgo del general Simón Bello (oriundo de Capacho) de una mina de carbón de piedra en áreas cercanas a Lobatera, específicamente en el sitio de La Carbonera¹⁰. Ese mismo año, adquirió de manos del registro público del distrito de Lobatera,



Vivienda rural, aldea Las Minas.
José Ángel Mora, 25.10.2018

⁹ Villet, M. y otros. *El Táchira en 1876*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, n.º 5. Edición facsimilar de la obra “Apuntes estadísticos del estado Táchira - publicados por orden del Ejecutivo nacional presidido por el gran demócrata general Francisco L. Alcántara. Edición oficial - Caracas, Imprenta Nacional 1877”, pp. 274-276.



la concesión para la explotación de los yacimientos La Carbonera, el cerro del Buitrón, la Tierra Tinta y La Cabrera. No obstante, en los informes oficiales sobre otorgamiento de concesiones mineras (títulos definitivos), publicados entre 1901-1908, no figuró la autorización para la explotación de minas en el yacimiento La Carbonera.

Sobre el estado Táchira, los informes solo señalaron la concesión de minas de cobre (1907)¹¹. La misma fuente indica que, entre el período comprendido entre 1901 y 1908, los rubros agrícolas y minerales objeto de mayor exportación fueron el café (784.8 toneladas) y el oro (524 370 kilos), datos que desestiman el inicio de la explotación de minas de Lobatera. La certeza de existencia de los yacimientos mencionados, se tienen en la concesión otorgada por Carbosuroeste, entre 1994-2016, con la delimitación denominada Cazadero 12.

Por otra parte, la investigación documental basada en publicaciones oficiales, especializadas sobre la minería en la región, sumado a los estudios elaborados por instituciones del Estado, no arrojaron evidencias sobre la explotación de los filones otorgados en 1901. Otros hechos relevantes asociados con la explotación industrial del carbón —que permiten

indagar sobre el inicio de la producción industrial del carbón en Lobatera— fueron las grandes obras de infraestructura, requeridas para transporte y comercialización del carbón mineral, tal y como sucedió en las minas de Naricual cuya explotación data de finales del siglo XIX.

El Gran Ferrocarril del Táchira (1893-1955) fue financiado, mayoritariamente, por capitales, productores y comerciantes locales de café, quienes, empeñados en extender sus fronteras lucrativas, auspiciaron la obra de vía férrea e hicieron traer desde Estados Unidos de América el ferrocarril, cuya locomotora empleaba madera como combustible. Este hecho confirma que el carbón mineral procedente de Lobatera no motorizó la construcción del ferrocarril, ni su máquina a vapor.

Asimismo, las relatorías de los mineros, cronistas e ingenieros geólogos entrevistados, como fuentes de información para esta investigación, indican que no existen, en la memoria colectiva, ni muestras en campo, ni hechos que permitan comprobar la explotación industrial de las minas de carbón en Lobatera, durante las primeras tres décadas del siglo XX. Los testimonios orales coinciden en la larga tradición alfarera, al comparar el proceso

¹⁰ Referencia localizada en *Crónicas de Lobatera* (versión digital), manuscritos recopilados, sistematizados y transcritos por el Dr. Samir Sánchez, cronista de Lobatera (2003-2011). El actual cronista efectúa investigaciones en los libros de registros correspondientes a la fecha indicada, a objeto de indagar mayores detalles sobre los términos en los que fue otorgada tal concesión.

¹¹ Para ampliar información sobre balanza comercial, rubros importados y exportados y demás aspectos vinculados a la economía y finanzas consúltese: Arcila Farías, E. (2009). *Las estadísticas de Castro: primera década del siglo XX*. Colección Monografías. Centro Nacional de Historia. Caracas.



de elaboración de tejas y ladrillos y, más recientemente, bloques, en hornos llamados “pampas”, usando el carbón mineral y arcilla, que son extraídos de vetas superficiales, tal y como continúan haciéndolo las heredadas empresas familiares, ubicadas en las aldeas mineras.

En ocasión de tan emblemática obra, un inspector supervisó un tramo de la vía que franqueaba el área donde se localizan los yacimientos de carbón de Lobatera. En la crónica redactada por Juvenal Anzola, en octubre de 1913, se resaltó, entre otros aspectos del poblado, lo siguiente:

“Las minas de carbón de piedra muestran el mineral y se esparcen en gran cantidad cuando las lluvias lavan los flancos de algunas montañas: pronto se podrá transportar por la vía carretera esta riqueza de diario consumo”¹².

El reporte de inspección develó los afloramientos de la roca en superficie, el uso rudimentario del mineral de carbón y la oportunidad de intercambio que representaba la construcción de la carretera, que unida al ferrocarril extendería el área de comercio del carbón mineral. En 1918, por autoridad del presidente del estado Táchira, Eustoquio Gómez, se instauró la figura de guardaminas del distrito Lobatera, a cargo del coronel Alfonso Mora Márquez¹³.



**Trabajo en la mina subterránea La Bolivariana, en Lobatera.
José Ángel Mora, 25.10.2018**

¹² Referencia localizada en *Crónicas de Lobatera* (manuscrito no publicado, versión digital).

En 1929, se publicó la *Guía General de Venezuela*, de Fernando Benet. El texto ofreció detalles de algunas localidades, asentadas a lo largo de la carretera Trasandina, inaugurada en 1925. En el apartado del estado Táchira, sobre los minerales, refiere:

“Minerales. Esta rama de la riqueza nacional puede decirse que está virgen en el estado Táchira. El carbón de piedra abunda en tal cantidad que se puede obtener hasta por 4 bolívares la carga de 115 kilos; y sabemos de algunos propietarios de San Antonio que premian a sus buenos servidores, autorizándoles para sacar gratis todo el carbón que puedan, y es tan fácil la explotación que, después, al venderlo en los pueblos, solo cobran el valor del acarreo en bestia”¹⁴.

¹³ La fuente narrativa consultada no menciona las funciones u otros detalles que permitan identificar el objetivo del nombramiento de tal funcionario, por parte de las altas autoridades de Gobierno regional. Investigaciones en fuentes bibliográficas apuntan a la existencia de ingenieros geólogos que ejercían funciones de inspectoría de yacimientos minerales identificados para la explotación. Asociando los hechos probados: reporte presentado en, 1913 por el ingeniero Anzola, y la descripción ofrecida en la *Guía General de Venezuela*, sobre la abundante presencia del carbón en el estado Táchira, se pueden inferir las razones que motivaron la referida asignación en las minas de Lobatera.

¹⁴ Benet, F. (1929). *Guía General de Venezuela*. Tomo I. Alemania: Casa Oscar Brandstetter, pp. 27-28.





LA EXPLOTACIÓN DE CAZADEROS

En 1946, la Junta Revolucionaria de Gobierno instituyó la Corporación Venezolana de Fomento, con el objetivo de apalancar el aparato productivo de la nación, mediante la diversificación y promoción de la industrialización. Representantes del estrenado organismo, adelantaron negociaciones con los mineros de Lobatera en 1947, en aras de congregarlos bajo la figura de la Sociedad Minas de Carbón de Lobatera. Las razones no solo apuntaban al aprovechamiento del potencial de las riquezas mineras, aún no explotadas eficientemente; se trató del primer intento, por parte del Estado, dirigido a organizar las fuerzas productivas concentradas alrededor de la explotación —hasta entonces, de forma rudimentaria— de las minas de carbón de Lobatera.

Transcurrieron dos años, para concretarse la organización de la actividad minera bajo la figura de la Compañía Anónima Minas de Carbón de Lobatera. El Ministerio de Fomento otorgó la concesión para la explotación de la zona minera de Cazadero. En 1952, inició sus operaciones con una producción anual estimada en 50 000 toneladas. El mayor porcentaje accionario recayó en la Corporación Venezolana de Fomento, mientras que los otros aportes procedieron de inversionistas nacionales¹⁵.

La Corporación Venezolana de Fomento creó, en el estado Táchira, la compañía Minas de Carbón de Lobatera en los años 50. A partir de entonces, comienzan a publicarse estudios elaborados por especialistas venezolanos y extranjeros, dando lugar a mapas geológicos y mineros, análisis de carbón y coque efectuados en el laboratorio ubicado en el campamento instalado en el área de explotación de Lobatera. La Sociedad Venezolana de Geólogos promovió congresos geológicos en los cuales se reportaban cifras de producción tanto de minas como de hidrocarburos; datos y tecnologías sobre recientes explotaciones, reservas probadas. En 1954, publicaron, en el sexto boletín, un trabajo en el cual se describe la producción de carbón en las minas subterráneas de Lobatera, la única en producción en Venezuela para el momento y que se mantiene aún. Esta corporación congregó a expertos venidos de países de larga experiencia en explotación minera, quienes estaban interesados en las potencialidades del carbón e hicieron numerosos estudios geológicos de minas e hidrocarburos, algunos detallaron desde reservas probadas hasta potencialidades para colocar el carbón en mercado internacional.

Rafael Almeida P., fragmento de entrevista,
29 de octubre de 2018.

¹⁵ La concesión fue otorgada a la Sociedad Minas de Carbón de Lobatera, por el Ministerio de Fomento, en 1949, y ratificada, en 1950, según Gaceta Oficial N.º 23417, del 29 de diciembre de 1950.

Carbosuroeste nació de la necesidad de integrar, bajo una figura operativa, la explotación de las minas de carbón en el estado Táchira: Lobatera, Las Adjuntas, Santo Domingo, Hato de la Virgen y Lomas Baja; estas cuatro últimas no se explotaron, a pesar de otorgarse las concesiones y elaborar los proyectos.

Carbosuroeste otorgó concesiones de capitales mixtos —es decir: nacionales y extranjeros—, no solo para la explotación, también para la modernización de las tecnologías y para elevar la productividad. En las áreas Cazaderos 10 y 12, aumentó la producción e ingresos al país. Pero ese período —repito—, de innegable prosperidad, trajo como consecuencia la contaminación de nacientes de agua; la desertificación, a causa de la deforestación; al punto de llamar la atención de las autoridades nacionales por los daños irreversibles causados al ambiente, ante la ausencia de medidas para prevenir los impactos que provoca la explotación capitalista de minas a cielo abierto. Los graves impactos ambientales generados —y que, aún, se perciben— fueron una de las razones que obligaron, en 2016, a la no renovación de las concesiones en las áreas Cazadero 10 y 12. Actualmente, trabajamos con el pueblo minero y con instituciones competentes, en planes de restauración ecológica; e insistimos en una minería racional, más responsable.

Alexander Astudillo, fragmento de entrevista, 1 de noviembre de 2018.

Bajo el lema un “Nuevo Ideal Nacional” (1950-1958), se instauró un modelo de desarrollo y modernización, soportado en la industria de la construcción. Las fábricas de cemento, industrias siderúrgicas, empresas constructoras, minerales para la fabricación de las materias primas, fuerzas productivas y potenciación de la generación de energía eléctrica, se convirtieron en focos de interés para la inversión por parte del Estado y capitales extranjeros.

En el estado Táchira, se había instalado, en 1944, la C.A. Cementos Táchira, localizada en un área cercana al sector Palo Grande. Una década después, se concluyó la carretera Panamericana iniciada en 1947, arteria vial que comunicó a San Cristóbal con la ciudad de Caracas. A partir de 1954, los minerales extraídos en los yacimientos carboníferos de Lobatera y canteras de caliza, ubicados en sector Monte Fresco (municipio Ayacucho), se sumaron a los planes de obras de construcción regional y nacional.

A mediados de 1970, acontecieron importantes hechos de interés mundial y nacional que impactaron en la producción y en la comercialización del carbón: hubo un repunte en la demanda de carbón por economías dependientes de petróleo ante los recortes de suministro por parte de la OPEP, a raíz del conflicto árabe-israelí de 1973; auge de industrias cementeras y centrales termoelectricas en países ‘desarrollados’ que empleaban el coque como combustible.

En Venezuela, se elevaban las tasas de importación de carbón coquizado, para atender la alta



demanda de la siderúrgica y las procesadoras de aluminio al sur del Orinoco. Bajo este escenario, se planteó como política de Estado (V Plan de la Nación), la necesidad de invertir mayores recursos en la tecnificación de la industria del carbón y en nuevas exploraciones e investigaciones conducentes a identificar el potencial minero del país. Estas medidas apuntaban a mejorar cuantitativamente la explotación de yacimientos de carbón en Lobatera; así como la producción de coque que, hasta el momento, consideraban los expertos, reportaba modestas cifras comparadas con sus probadas reservas y calidad.

En la misma década, se inició la construcción de pequeños hornos de tipo colmena para las pruebas experimentales en la producción de coque metalúrgico. Estos ensayos se extendieron por un poco menos de diez años, y tuvieron la participación de empresas locales con experiencia en la explotación minera¹⁶.

En 1989, la Sociedad de Geólogos organizó las III Jornadas Geológicas de Carbón. En una de las ponencias presentadas, se destacaron las propiedades y las potencialidades de las minas de carbón de Lobatera:

“El carbón de Lobatera (Tabla 10) también puede ser utilizado como carbón térmico; tiene bajo contenido de azufre y un porcentaje un poco alto de cenizas que puede ser reducido lavándolo. Por otra parte, este carbón tiene algunas propiedades que permiten que pueda ser utilizado, solo o en mezclas de tipo metalúrgico”¹⁷.

CALIDAD DEL CARBÓN DE LOBATERA (BOCA DE MINA)

Valor calorífico (kcal/k)	6360
Ceniza (%)	18.8
Materia volátil (%)	46.3
Azufre (%)	0.9
Hinchamiento	4
Fuente: Boletín de la Sociedad Venezolana de Geología N.º 38 (abril, 1990), p. 16.	

¹⁶ En 1976, la Dirección de Proyectos de Corpoandes elaboró un minucioso reporte sobre la situación del carbón en el estado Táchira, en el marco del Programa Carbonífero del Táchira. Entre sus contenidos, resalta la importancia de la cuenca carbonífera en el eje de desarrollo fronterizo de Colombia. Recuperado de <http://cir.unet.edu.ve/files/Documentos/00288.pdf>.

¹⁷ La demanda de carbón (1985) se colocó en 4341 (10⁶ ton). Una década después, se incrementó a 5107 (10⁶ ton), según estimaciones publicadas en el *Boletín de la Sociedad Venezolana de Geología*, N.º 38 (1990), pp. 7-16.

VALOR DEL CARBÓN COQUIZADO

Las reservas probadas de las minas de carbón de Lobatera oscilaban en 19 millones de toneladas. cifras que resultaban favorables para elevar la producción. Se planteó avanzar hacia un nuevo proceso industrial para la obtención del coque en las minas de Lobatera. Hacia finales de 1980, comenzó una actividad industrial que atrajo a empresas inversionistas, e impulsó una apertura minera en el yacimiento de Lobatera, que alcanzó, en 1991, la cifra récord de producción de más de medio millón de toneladas de carbón anual con calidad de exportación.

REGISTRO DE EXPORTACIÓN DE CARBÓN SIGLO XX

Año	TM
1988	68 000
1989	260 000
1990	158 400
1991	524 679
1992	192 800
1993	146 300
1994	153 757
1995	117 000

*Cifras expresadas en miles de toneladas.

Fuente: Estadísticas producidas y sistematizadas por la Gerencia Técnica de CVM Carbosuroeste (noviembre, 2018).





Aunado a ello, surgió otra actividad conexas en las minas de Lobatera: la coquización del carbón. Mineros y empresarios unieron esfuerzos en la explotación de los mantos del mineral fósil. Para ello, se construyó un importante número de plantas, con dos baterías de seis hornos para la coquización. En 1986, C.A. Minas de Carbón de Lobatera dio paso a Carbosuroeste, filial del Fondo de Inversiones de Venezuela. Así, se amplió el radio de acción hacia todos los yacimientos carboníferos ubicados al suroeste del país.

A partir de las últimas décadas del siglo XX, la producción de carbón observó altos y sostenidos niveles de crecimiento. El campamento instalado en el sitio de minas de Lobatera fue dotado de un laboratorio, centro de acopio, hornos de coque, romana y pesa. El nivel de producción se potenció a tal punto que, en 1987, el tramo de la antigua carretera central del Táchira fue asfaltado para mejorar la circulación de transporte pesado que conducía el carbón coquizado de Lobatera, hasta la carretera Panamericana y, de allí, al puerto de La Ceiba, ubicado al sur del Lago de Maracaibo (estado Trujillo). El carbón coquizado se integró al mercado internacional a través de barcos que arribaban provenientes del sur de los Estados Unidos de América, cargados de mercancías para el intercambio comercial con Venezuela.

En 2010, inició el declive en la producción del carbón debido a la deserción de mano de obra local y foránea, que se trasladó hacia las minas de carbón ubicadas al Norte de Santander, ante la inminente

cesantía en las minas de Lobatera. Entre 2014 y 2016, finalizó el período de explotación industrial del yacimiento carbonífero Cazadero, una vez que no fueron renovadas las autorizaciones para continuar la explotación de minas.

La paralización de las operaciones por parte de las concesionarias dio paso a una nueva etapa de explotación del carbón. Los pequeños mineros encontraron en la tradición alfarera, la oportunidad de continuar en la explotación de minas de carbón; esta vez, a menor escala y con métodos poco tecnificados. Los mineros artesanales que, una vez, fueron la mano de obra de extensas y productivas explotaciones de minas y de la fabricación de coque, aún encuentran en el carbón el combustible para la cocción de ladrillos, tejas y, más recientemente, bloques para la construcción, que son comercializados en las localidades cercanas.

El *boom* de la explotación de minas a cielo abierto, promovido a partir de la última década del siglo XX, causó irreversibles impactos ambientales. La remoción de la capa orgánica del suelo, la contaminación y la alteración de los cursos de agua, modificación del paisaje y deforestación, se cuentan entre los efectos negativos. En 2018, CVM Carbosuroeste inició, junto con otras instituciones del Estado y con la pequeña minería de las aldeas mineras, un programa de reforestación en las nacientes de agua, ubicadas en las áreas más afectadas por las operaciones de explotación a gran escala.



Capítulo 8

La cultura lobaterense

Al terminar la celebración de la Santa Misa, se inició la procesión del Santísimo Sacramento, por las calles de la población de Lobatera. El Santísimo fue expuesto en una bella carroza alusiva a las minas de carbón, una de las principales fuentes de ingreso de este municipio.

Samir Sánchez (2011)

TRADICIONES E IDENTIDAD LOBATERENSE

La historia de Lobatera vive en petroglifos, archivos parroquiales, arquitecturas, documentos públicos, trapiches, fotografías, oralidad, monumentos, pampas, símbolos, canciones, crónicas¹⁸, minas y, más recientemente, en sus medios de comunicación masivos. Anales, tiempo y espacio se juntan para configurar la historia local. Es una secuencia ininterrumpida de eventos y tradiciones que llevan del presente al pasado, recreadas en locaciones de un pequeño y apacible valle andino. Sus protagonistas son aldeanos y ciudadanos, quienes conscientemente han construido una identidad y el patrimonio cultural lobaterense¹⁹.

En 1990, nos acercamos un grupo de especialistas para hacer prospecciones en Lobatera, donde se conocía de la presencia de petroglifos, restos de construcciones y piezas de la época colonial. Había mucho material arqueológico que, hoy, se encuentra en el museo. Estos objetos fueron recolectados por algunos habitantes; ellos entregaron: restos de hachitas y piedras de moler, indicativos de la presencia y actividades que desarrollaron los



**Iconografía de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá.
Cosme Darío Hurtado, 25.11.2018**

¹⁸ Las crónicas son la primera aproximación, a nivel de conceptualización histórica, propuesta en el marco del metódico y riguroso trabajo que implica la elaboración de las historias locales. Permiten, igualmente, evidenciar las diversas manifestaciones culturales —ya sean legadas o de reciente data— en las que sus habitantes se desenvuelven como el colectivo constructor de una identidad.

¹⁹ Entre 2004-2008, el Instituto de Patrimonio Cultural elaboró un inventario de las manifestaciones culturales de los municipios del país, cuyos resultados están en la publicación *Catálogo de Patrimonio Cultural Venezolano* (2010). La investigación efectuada en el municipio Lobatera arrojó 125 manifestaciones, entre objetos, construcciones, tradiciones orales, elaboraciones individuales y colectivas. Lo destacable del municipio son sus tradiciones orales, en su mayoría asociadas a leyendas (41) y a patrimonios (25) erigidos, principalmente, en los siglos XVIII y XIX.

primeros pobladores. Por ejemplo, el hacha lítica es evidencia de que cazaban y procesaban algún cultivo.

Durante la revisión de los sitios, no hemos encontrado yacimientos que indiquen asentamientos, A partir del material lítico donado al museo, solo podemos inferir algunas actividades culturales. El dónde se asentaron los primeros grupos en Lobatera es un poco difícil de determinar, con los restos descontextualizados. Hay un sitio denominado la Casa del Padre donde aseveraban los pobladores que se asentaron los primeros indígenas. Allí, hicimos algunos pozos de control y no hallamos materiales líticos.

Los petroglifos son evidencia de la presencia indígena; dan cuenta de las creencias, costumbres, escenas de la cotidianidad. Algunos, muy probablemente, fueron esculpidos para recoger agua, tal y como lo hicieron otras culturas indohispanas que habitaron entre 1000 y 1500 a. C., y ya practicaban la agricultura. Las representaciones en las piedras conllevan muchas hipótesis aún no probadas.

En esa misma época (1990), se hizo una excavación en los terrenos de un potrero ubicado en la finca propiedad de Hermes Molina llamada El Diamante, muy próxima al área de los petroglifos, en la aldea Zaragoza, un poco retirada del pueblo Lobatera. Logramos excavar y localizamos un horno para la elaboración de

pan, fabricado con ladrillos de adobe y compuesto por un arco y piso. Medía dos metros de largo por un metro de altura y 1.30 de ancho. Se decapó por completo, y encontramos restos de carbón (cenizas) en la parte trasera, presumimos son de origen vegetal. Encima del horno atinamos también una vasija de arcilla sobre ladrillos, indicando que el horno cumplía también la función de estufa. Las investigaciones documentales nos hicieron presumir que su antigüedad data de los siglos XVII o XVIII, cuando ya se había consolidado el poblado, y la alfarería era una actividad practicada entre los productores de la zona.

Recientemente, en 2017, encontramos restos de megafaunas —¡un hueso grande!— en un lugar llamado Llano Basto, cerca del sector Casa del Padre, allí mismo en Lobatera. Este hallazgo permite ampliar la tesis sobre antigüedad de la presencia del hombre que habitó en ese lugar. En Venezuela, existen yacimientos que datan de 5000 años a. C. La megafauna coexistió con el hombre y las pruebas están en el hallazgo de restos de esos animales acompañados de fragmentos líticos descubiertos en Falcón. Yo sostengo la hipótesis de que la ocupación, al menos de esta región, data del Paleoindio. La región andina es muy rica en vestigios paleontológicos.

Reina Durán, fragmento de entrevista,
10 de noviembre de 2018.



La progresiva secularización que imprime la modernidad no ha mellado las creencias y la religiosidad de los pobladores de Lobatera. Las tradiciones se reproducen en apodos generacionales, comidas, dulces y bebidas, oficios heredados, rogativas a los santos, ceremonias en honor a los fallecidos y conmemoraciones de fechas patrias. En el imaginario colectivo²⁰, cobran vida, rezanderas, condenaciones, brujas, conjuros y espantos. Las leyendas y anécdotas repetidas, una y otra vez, dan cuenta de ello.

Fiestas, romerías, velorios y misas son el motivo para reunir a locales y visitantes, aldeanos y ciudadanos. Son ocasiones para compartir valores, vivencias, recuerdos, costumbres, cosechas. Representan construcciones sociales y recreaciones continuas de un proceso cultural influenciado por el catolicismo legado de una larga presencia colonial en Venezuela.

Este municipio tiene una larga tradición de fiestas. ¡Es rumbero! Pero no de fiestas privadas: de fiestas en la calle, donde todos se encuentran. La feria se celebraba en septiembre. Yo fui reina de una feria cuando tenía 16 años; y mi mamá también lo fue, en 1974. Recuerdo que mi padre, quien tenía una concesión en las minas, se trajo a todos los mineros esa noche para la elección en la que participé. Los mineros eran el alma de las fiestas. Todos bailábamos, compartíamos. Eran tiempos bonitos y de prosperidad; hasta

orquestas y grupos de Caracas venían a animar las fiestas.

Natalia Chacón, fragmento de entrevista,
28 de octubre de 2018.

Esta influencia en lo cultural se arraiga en lo espiritual y se exterioriza en tradiciones, rituales devociones, temores infundados, tributos y promesas ofrecidas a imágenes representativas, como a su santa patrona la Virgen de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Su iconografía data de 1621. La trajeron a Lobatera, procedente de Colombia, a principios del siglo XVII, a solicitud de Ana Pérez del Basto, esposa de Pedro de Torres Vera, fundador de la población de Lobatera en 1593.

Se dice que, en 1593, don Pedro de Torre Vera fue autorizado para instalar su hato ganadero en lo que se presume, hoy, ocupa el casco central de Lobatera. Junto con otras familias productoras se fueron extendiendo por los alrededores, dando origen a las aldeas. Su esposa doña Ana Pérez, quien manifestaba un fervor religioso tremendo, encargó el retrato de la virgen de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá en Colombia, el cual fue colocado en una capilla ubicada en los terrenos del hato de su propiedad.

A su muerte en 1621, heredó, en su testamento, la pintura de la Virgen junto con

otros objetos, a los pobladores de Lobatera, con el fin de que la comunidad continuará la devoción a la venerada imagen traída desde Colombia. En 1774, se instaló en Lobatera el primer cura, de nombre Manuel Antonio de Nava, quien provenía de Cúcuta y, además, heredero de una larga tradición taurina. En marzo de ese año, fundó la Cofradía Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá y, además, decretó la celebración de la fiesta patronal en honor a la Virgen para el 28 de diciembre; e incluyó la corrida de seis toros en la Plaza Mayor. Este hecho es el origen de la bicentenaria Feria de Lobatera.

César Darío Pérez, fragmento de entrevista, 27 de octubre de 2018.

La imagen de la santa patrona se encuentra expuesta en el altar central de la iglesia parroquial de Lobatera. El lienzo de la Virgen sobrevivió a los embates de sendos terremotos que azolaron la población, en 1849 y 1875. Sus devotos se unen bajo la cofradía Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá de Lobatera, creada en 1774. Una plegaria llamada “La Corona” fue muy repetida por las mujeres

de las aldeas y casco central de Lobatera, durante el siglo XIX, en alabanza a esta virgen benefactora:

«Por cierto que mal haría el que por aquí pasase sin que, señora, os rezase siquiera un avemaría y luego del “santa María” en postrer gozo diría: Pues te hizo la Trinidad tan perfecta y sinigual, ¡líbranos de todo mal, Virgen de Chiquinquirá!»²¹.

Esta raigambre religiosa, nacida en el casco central, se replica en las aldeas agrícolas y mineras donde se han venido construyendo sencillas capillas y ermitas, altares y gritas, para la glorificación de vírgenes, santas y santos, siendo la advocación mariana la de mayor difusión. Destaca —entre estas obras— el oratorio construido en el interior de la mina localizada en Los Arenales, propiedad de una familia de tradición minera.

Los datos documentales más antiguos que existen sobre las ferias, tradición religiosa,

²⁰ En el artículo “La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado”, elaborado por María L. Gilli, en 2010, se expone la contribución de la oralidad y las historias de vida en la construcción social de imaginario y memoria colectiva. Presenta una interesante comparación entre investigadores del tema. Recuperado de file:///C:/Users/Carlos%20Perez/Downloads/Dialnet-LaHistoriaOralYLaMemoriaColectivaComoHerramientasP-5008055.pdf

²¹ Samir Sánchez (entrevista, 25 de noviembre de 2018) narró sobre las viejas tradiciones contadas por sus abuelas recogidas en manuscritos denominados “Los relatos de los nonos o los cuentos tras el fogón”, de Delfina Sandoval Zambrano (1901-1992) y Maximiana Sandoval Vda. de Sánchez (1908-2004). En su descripción, indicó que la alabanza era repetida en las casas, a la hora de la oración vespertina.



están en los libros de gobierno de la iglesia parroquial que datan de 1891. En una de las entregas que hace el padre Zambelli a otro cura, le relata cuáles son las actividades que, durante el año, se realizan en la parroquia. Es cuando él le describe las dos grandes fiestas parroquiales: la del 24 de septiembre, en honor a la Virgen de Las Mercedes; y la del 18 de diciembre, que corresponde a la Virgen Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, la patrona de Lobatera. A estas dos figuras se les organizan romerías.

Las romerías eran nueve días de preparación. Se les asignaba a las aldeas, las instituciones o a los gremios —como se conocían antiguamente a las organizaciones de peseros y ganaderos—, la organización de las festividades. Eso se celebró con esas mismas características hasta 1950, cuando comenzó la construcción de la iglesia. En esa obra, se concentran todos los esfuerzos. A partir de entonces, las romerías fueron cambiando y, por eso, la población actual no tiene vinculación con tradición iniciada en el siglo XIX. Sería mucho tiempo después del fallecimiento de monseñor García, en 1986 (párroco de Lobatera entre 1943 y 1984), cuando se retoman las romerías chiquinquereñas, pero más como expresión cultural que religiosa, distinta a la festividad pública de las del siglo XIX.

Samir Sánchez, fragmento de entrevista,
23 de noviembre de 2018.

De acuerdo con testimonios orales recabados, algunos mineros y campesinos atribuyen la protección de sus vidas, durante las jornadas laborales, gracias a la mediación de sus patronos. En los relatos plasmados en las *Crónicas de Lobatera*²², se ubicaron continuas, detalladas y prolíferas relatorías sobre eventos asociados al quehacer religioso que, a su vez, modelan parte las tradiciones populares y tributan en la construcción de la memoria colectiva. La edición n.º 12 del periódico La Paz del Táchira es una muestra:

“Ha circulado el programa de las fiestas que celebran, anualmente, los vecinos de Lobatera, en honor de la Inmaculada María, bajo la advocación de las Mercedes. Después de las festividades religiosas, que tendrán lugar en los días 23 y 24 del presente mes, la población se entregará a las diversiones populares, que la Junta Directiva y sus Capitanías anuncia en el mencionado programa. El 25 empezará la Feria; y ya sabemos lo que es la Feria de Lobatera. El que quiera hacer buenos negocios, vaya preparando los patacones, que allá los esperan nuestros hermanos de Colombia” (27 de agosto, 1887).

Cuando éramos mineros, tuvimos un accidente dentro de una mina. Un día, saliendo de la mina, quedamos tapiados. Nos lograron rescatar debajo de la tierra, por un accidente que hubo fuera, porque ya era una mina

mecanizada y, bueno, hubo una falla ahí... humana. Hubo alguien que mandó a hacer un trabajo, y quedó mal y se reventó aquella guaya. A nosotros nos llegaron dos coches, cargados cada uno con mil kilos y, bueno, vivimos esa experiencia. Gracias a Dios salimos, porque la mina se derrumbó en una forma y quedó como una pirámide. Nosotros quedamos allí, abajo; pero, todavía, había electricidad, y nos tiramos al piso, porque si los dos hubiésemos tenido que morir, sería tendido en el piso y no en ninguna cama, como dice la tradición.

Omar Velasco Flores, fragmento de entrevista, 25 de octubre de 2018.

En el imaginario lobaterense, se conservan antiguas leyendas que develan el fervor religioso de los locales, como historias narradas sobre las viejas campanas de bronce que coronan la iglesia parroquial. En una narración recogida en la crónica de 1958, se describen las impresiones sobre las imágenes ubicadas en el interior de la iglesia parroquial de Lobatera, expresadas por la poetisa venezolana Jean Aristeguieta, en su visita a la localidad, durante la Semana Mayor de 1958:

“Impresiones preciosas que guardamos de Lobatera, población de cielo luminoso y de gente afable. Guarda la iglesia de Lobatera imágenes que llaman la atención, especialmente las tres Marías, las cuales reproducen en sus rostros los rasgos de la mujer andina y porque están vestidas como mujeres comunes: no se las aderezó estableciendo simbólicas distancias jerárquicas. Tal vez, esta es la razón por la que la gente del lugar las siente tan suyas”. (p. 18)

Existen en la memoria colectiva dos eventos asumidos por generaciones como evidencias de la presencia e influencia del mal en la vida de los lugareños. El primero corresponde a la aparición de brujas en los techos de las casas y su transformación en aves rapaces; el segundo se asocia a una antigua leyenda sobre el infortunado destino al que está condenado el poblado, una vez que fuera expulsado un sacerdote quien, al verse avergonzado, se despojó de sus sandalias, sacudió el polvo de estas y, desde una de las montañas que daban vista a Lobatera, dejó caer una maldición sobre el poblado, que ha impedido la prosperidad de la localidad y de sus habitantes.

²² José del Rosario Guerrero, primer cronista de Lobatera (1965-2003), logró recabar buena parte de la información plasmada en las crónicas a través de anotaciones en cuadernos, totalizando cuatro ejemplares de los cuales solo uno se encuentra disponible para la consulta. Conservó, además, referencias provenientes de diversas fuentes sobre la localidad. Las *Crónicas de Lobatera* están organizadas en tres libros correspondientes a las etapas: Prehispánica, Colonial, Independencia y Republicana.



A raíz de la salida del sacerdote que maldijo al pueblo, aquel con quien la gente se molestó y lo amarraron a un burro, empezó la presencia de las brujas. Lobatera fue un pueblo muy próspero: había talabarteros, panaderías, posadas, carnicerías. Ahora no.

En Lobatera, existen 200 brujas: siempre las ha habido. ¡Las brujas vuelan de verdad! —yo no las he visto; se le han aparecido a mi esposo—. Es así. La maldad es lo que ha arruinado a este pueblo. En las calles huele a tabaco; ya hasta hay niños poseídos. Todos saben quiénes son las brujas, pero nadie las acusa.

Por allí donde está el río el Coconito, lo utilizan para hacer despojos, consigues velas con forma de cuerpo humano. Durante la cuaresma, salen los espíritus y se le incorporan a la gente.

Blanca Morales, fragmento de entrevista,
26 de octubre de 2018.

Nosotros somos devotos a la Virgen del Carmen. Como mineros, esa es la virgen que nos protege a nosotros. Nosotros trabajábamos en una mina —ya, hoy, esa mina no existe— y, una vez, por devoción a la Virgen, hicimos un altar y mandamos a fabricar su imagen, le pusimos bombillitos y adornos.

Todas las aldeas de alfareros y mineros somos de la Virgen del Carmen. La que está

en Lobatera pertenece al casco central. Últimamente, nosotros hemos extrañado —como mineros— las fiestas y las caravanas. Eso se hacía un viernes aquí, e incluía a todos: mineros, transportistas, vecinos.

Sobre las brujas decirle, así, que yo haya visto centros espiritistas, la verdad no los he visto. No niego que pueda haber, y si los hay, están de corto vuelo. Aquí en las minas, está la creencia en Dios y la Virgen del Carmen.

Ahora la historia sobre el cura, de repente, la escuché, en palabras de personas mayores que yo conozco. Creo que era un pícaro. Lo que dijo, lo hizo porque era quizás muy estricto; porque, también, la gente tomaba demasiado licor; había muy poca asistencia a la iglesia; hablaban de brujería. Entonces, los regañó y, desde allí, nació esa historia. Yo lo veo como una picardía más bien y se transformó en una historia.

Víctor Velasco Flores, fragmento de entrevista,
25 de octubre de 2018.

En cuanto a la presencia de brujas y demás apariciones, las impresiones y las experiencias construidas entre entrevistados difieren, sustancialmente, en cuanto al origen de las brujas, a la vinculación con personas vecinas al entorno, a la razón por la que se posan sobre techos, y a los aspectos que muestran durante sus apariciones.



Cleme A. Zambrano, relatora de mitos y leyendas de Lobatera. José Ángel Mora, 26.10.2018

Tales contradicciones obedecen a los aportes que, con el transcurrir del tiempo, cada portador de la tradición oral le integra a las narrativas.

Sobre la rememorada maldición del cura, las investigaciones realizadas por el historiador Samir Sánchez y por Melquiades Pérez, presbítero de Lobatera, indican que no existe, entre las diversas fuentes consultadas, el registro o alusión a tal repulsa. Los entrevistados, en su mayoría, atribuyen este hecho a la distorsión de unas palabras pronunciadas por alguna autoridad religiosa, frente a un comportamiento inapropiado de la población y que, en el devenir del tiempo, ha ido ganando exacerbaciones en su relatoría.

Existe una leyenda muy difundida que cuenta que a un sacerdote lo sacaron aquí montado en un burro con la cabeza hacia atrás, y dijo algunas palabras altisonantes, groseras; por eso ha vivido en atraso este pueblo. Ese episodio, no existe ni en los “libros de gobierno”. Nosotros arribamos al siglo XXI y, aún, hay cosas que siguen siendo atribuidas a fuerzas espirituales. Pero la verdad es que Lobatera se ha convertido en una ciudad dormitorio. La juventud ha migrado buscando mejores oportunidades; y el hecho de estar tan cerca de San Cristóbal les ofrece mayores ventajas: estudian, trabajan, hacen su familia, y regresan acá durante las fiestas o vacaciones. Esa es la historia de este poblado. Lo demás son cuentos que siguen repitiéndose y forman parte de la idiosincrasia



del venezolano. Hay fuerzas negativas que son cuestiones más psicológicas.

Melquiades A. Pérez, fragmento de entrevista, 26 de octubre de 2018.

Interesantes lucen también las leyendas, como manifestación de la tradición oral lobaterense. Cargadas de una detallada descripción de las emociones expresadas por los personajes y elementos distintivos de su geografía, permiten al lector u oyente, internarse en misteriosas historias nacidas su mayoría en las aldeas campesinas, durante el siglo XIX e inicios del XX y, recientemente, en las aldeas mineras. En la memoria colectiva, las leyendas se conservan muy poco, según Samir Sánchez:

La ausencia de las leyendas en la tradición oral de Lobatera se debió, principalmente, a las rupturas generacionales ocurridas hacia finales del siglo XIX y principios del XX y, posteriormente, en los años 70, dando lugar a intermisiones en la transmisión oral de las leyendas y otras tradiciones que, históricamente, estuvieron a cargo de los nonos o abuelos. Sin embargo, muchas de las leyendas se conservan, gracias a las relaciones de un habitante del sector La Zaragoza llamado José Hermes Molina, quien ha permanecido ininterrumpidamente junto a su familia en Lobatera y conservaron la tradición oral.

Existe una antigua leyenda llamada la Laguna del Buitrón, en la que Molina les asignó nombres a los personajes de las brujas²³.

En la ritualidad que rodea los actos velatorios y la sepultura de los difuntos, los mineros, campesinos y ciudadanos coinciden en las tradiciones. Los actos preparativos de cada uno de estos eventos convocan la participación de familiares y vecinos quienes se juntan, inicialmente, en la casa del finado donde preparan comidas y bebidas típicas que son servidas a lo largo del velatorio. Entre lágrimas, condolencias, oraciones y anécdotas, transcurre el velatorio hasta la ansiada llegada del familiar que no habita en la localidad. En palabras de los entrevistados, los velorios son una oportunidad para honrar la memoria de aquel que se ha marchado a otro plano; pero, igualmente, para conocer de los últimos acontecimientos de las vidas de los familiares recién llegados de las grandes urbes y todo lo que allá acontece.

A los asistentes se les entrega una sencilla biografía del difunto, la cual es elaborada por sus familiares. Este recordatorio que exalta, además, las buenas acciones y contribuciones que distinguieron la vida del fallecido, se recogen en la llamada “Lágrima”. De camino al cementerio, la centenaria Banda Municipal Sucre acompaña al féretro y a los asistentes entonando ritmos sugeridos por los familiares, así como aquellos que le eran favoritos al finado.

²³ Para conocer el contenido de la icónica leyenda sobre las brujas de Lobatera, consúltese en Robles de Mora, L. (2009). *Caminos de Leyenda, tradición oral en el Táchira*. Fondo Editorial Simón Rodríguez, San Cristóbal, pp. 258-259.



Ruinas sepulcrales en el Cementerio Municipal de Lobatera. José Ángel Mora, 27.10.2018

La ceremonia es presidida por el presbítero. Una vez que arriban a la iglesia parroquial, se celebra la misa para, finalmente, partir, al compás de la banda, hacia el campo santo municipal. Existen en la memoria colectiva, ceremonias fúnebres muy recordadas ya sea por la duración y variedad de homenajes que se extendieron por casi tres días o bien por la notable trayectoria pública que marcó la vida social de los lugareños.

La Banda Municipal Sucre nació producto del intercambio musical cultural que se establece en 1875, en el estado Táchira, con la llegada de la invasión colombiana. El primer grupo —constituido por seis músicos y pocos instrumentos: redoblante, clarinete, trompeta, bombo— se llamó Los Cachapos. En 1890, comienzan a surgir las bandas municipales, y fue en 1894 cuando se les asigna el nombre Banda Sucre (en honor al Mariscal). En 1906, el presbítero Pedro María Morales reunió a un grupo de niños para formarlos en el arte de la música, bajo la dirección del colombiano Luis Gonzaga Vivas. El primer concierto fue presentado en 1907. Los ritmos musicales más sonados fueron los pasillos, valeses y bambucos. La banda estuvo fuertemente influida por la tradición musical colombiana; de hecho, las primeras bandas del Táchira tienen su origen en las ya existentes fuera de nuestras fronteras. Pasaron más de 20 años para que se institucionalizaran ritmos venezolanos como Brisas del Torbes (1939), en respuesta a esa interculturalidad musical. Eso es lo que explica que



Ensayo de la Banda Municipal Sucre de Lobatera. José Ángel Mora, 27.10.2018

la interrelación colombo-venezolana se mantenga hasta la contemporaneidad. La cumbia, el porro y, más recientemente, el vallenato son ritmos que están presentes en fiestas privadas y públicas en Táchira. Esta interrelación, musicalmente hablando, también se puede observar en la frontera que comparten llanos venezolanos y llanos colombianos.

Richard Medina, fragmento de entrevista,
28 de octubre de 2018.

Llegué aquí, en 2016. Al poco tiempo, sentí la necesidad de escribir. Comencé a elaborar un relato sobre la vida de Marcelino, a quien conocí poco tiempo. Él fue un personaje que, sin ningún contacto académico, se echó sobre sus hombros dos obras que formaron parte de las tradiciones de este pueblo tan religioso. Una fue la representación de los Reyes Magos, Marcelino preparaba con afán toda la vestimenta y aquello que se necesitara. Llegaba el día y los personajes ataviados como los Reyes, llegaban a la plaza regalando caramelos a los niños. Eso lo hizo Marcelino, por mucho tiempo.

La otra fue La pasión de Cristo. En esa, también fue muy comprometido con su trabajo. Cuando faltaba un actor, Marcelino lo asumía y terminaba posicionándose de este. Herodes es uno de ellos. Lo representó, por tantos

años, que así lo recuerdan. Así te puedo contar muchas anécdotas sobre las tradiciones de este pueblo.

En realidad, Lobatera es una cantera de artistas, cultores y —por qué no— de historiadores. Eso fue lo que nos llevó a crear la Fundación Sociocultural Lovatera 1774, conservando la escritura del nombre tal como está inscrita en el acta de fundación del pueblo. Ese supuesto error lingüístico llama la atención de la gente, y los invitamos a investigar. Los hemos visto, desde entonces, frente a la casa cural, allí en la plaza, leyendo la placa conmemorativa a la fundación de Lobatera, para verificar el nombre.

Eduardo Núñez, fragmento de entrevista,
26 de octubre de 2018.

Lobatera, al igual que otros poblados del país, posee medios de comunicación comunitarios. Destaca la labor de la emisora de radio local, cuya programación promueve la difusión y el rescate de las tradiciones lobaterenses.

La radio en Lobatera nació el 22 de noviembre de 2002, por iniciativa de un grupo de vecinos: Víctor Enrique Martínez, Darío Hurtado y César Darío Pérez; dirigidos por este servidor, quien era el director de la Casa de la Cultura, en aquella época. Interesados en



informar y difundir entre los habitantes, noticias de interés nacional, regional y local. La radio ha mantenido una programación destinada al rescate de la identidad venezolana, especialmente la andina. La música campesina y la música criolla se encuentran entre las de mayor difusión. La programación también incorpora espacios de corte educativo como “Lobatera, tierra de pioneros”. Este programa, presentado por el cronista oficial, integra a otros miembros de la comunidad, conocedores de historia, geografía, tradiciones y personajes relevantes, siendo uno de los de mayor aceptación. Los oyentes se sienten retratados en muchos de los temas que se difunden que han marcado la cultura lobaterense.

Nelson Chacón, fragmento de entrevista,
28 de octubre de 2018.

LA ALFARERÍA EN LA TRADICIÓN ORAL

Los alfareros de Lobatera tienen una larga y acumulada tradición oral, devenida de al menos 100 años de la explotación y del aprovechamiento de la arcilla como materia prima. El carbón y la arcilla han modelado piezas artesanales, identidad cultural, patrón de asentamiento, memoria colectiva y relaciones socioproductivas; además de toda una cultura de trabajo artesanal, transmitida de generación en generación, que, aún, está por escribirse en los anales de la historia local de Lobatera.

Se trata de juntar microhistorias contadas en voces de sus protagonistas, complementadas con investigaciones procedentes de las diversas fuentes, ilustradas en imágenes fotográficas, recreadas en leyendas y mitos, e integradas a los procesos de corta duración que, una vez acopiados, se suman a la cuatricentenaria historia de Lobatera.

Es en la oralidad donde existe la cantera más valiosa para los potenciales investigadores que deseen indagar aspectos que parecieran tan sencillos como la elaboración de un ladrillo. Los alfareros de Lobatera son algo más que fabricantes de objetos, son herederos de técnicas para cocción de piezas y, a la vez, innovadores empíricos de maquinarias para aumentar la producción. Sus prácticas son ejemplo de explotación responsable de las minas. Trasladaron sus valores y principios familiares cuando decidieron asentarse y echar a andar las primeras comunidades en las altas colinas. Queda la escribanía dispuesta para continuar la laboriosa tarea de construir la historia de los alfareros y los pequeños mineros de Lobatera.

El siguiente relato ofrece al lector la oportunidad de aproximarse a uno de los sectores productivos que se desarrollan en las aldeas mineras de Lobatera: la alfarería. Omar Velasco, de 56 años de edad, se inició en la minería del carbón cuando la actividad se encontraba en pleno auge y las concesionarias, demandaban mano de obra para la explotación de ricos y extensos yacimientos carboníferos. Con el cese de la actividad industrial, el humilde minero se hizo alfarero pues, como lo aseveró emotivamente, “todo

ha sido producto del carbón, y nosotros sabemos para qué sirve ese negrito”. Este es parte del relato producido por Omar, en su espacio de vida y en una conversación amena, diáfana y cordial:

Una familia hecha con carbón

Mi familia, legalmente, no es de la zona minera. Nosotros llegamos y fundamos una familia aquí. Venimos de la parte de afuera. Nosotros éramos del municipio Rafael Urdaneta, de una aldea rural del Táchira. Mis tres hermanos y yo, llegamos acá hace 23 años. Por eso conocemos bien la historia de la mina. Trabajamos la mina adentro, lo más profundo de las minas de carbón, la explotación; de todo lo que se trata la minería. De hecho, fuimos productores de coque; o sea: la manufactura de lo que salía dentro de la mina. Eso ha sucedido durante 23 años: hemos estado metidos, aquí, dentro de la reserva minera de Lobatera. A medida que se han ido presentando las situaciones, hemos ido avanzando. Hubo un tiempo en que vino una paralización total de las minas de carbón: se acabó la producción de carbón. Ahí caímos aquí: nos pusimos a producir ladrillos.

El tema de la paralización es una larga historia. Para no extendernos tanto, lo que pasó fue que se presentó el problema del impacto ambiental. De verdad, da tristeza decirlo: nosotros terminamos como depredadores. Nadie vino a enseñarnos, a los mineros, a trabajar





Minero y alfarero Omar Velasco. José Ángel Mora, 25.10.2018

con una mejor tecnología. Trabajábamos para unas empresas. Nosotros nos dedicábamos a levantar un proyecto y, por no recibir asesoramiento, hicimos unos daños increíbles aquí a la comunidad y hasta nuestra misma familia. No tuvimos cuidado con eso; simplemente, viendo la cuestión del dinero, el poder del billete, de hacer las cosas y, bueno, engrandecernos y, a la final, no miramos para atrás. Ese era el daño que estábamos haciendo y, ¡mire!, acabamos con casi el 60 % del agua potable. Aún, queda una naciente sin contaminar, que es la única que se logró salvar; porque, si usted va a la quebrada y prueba el agua, esa ya tiene contaminación.

La arcilla es otra historia. Al terminarse la producción de carbón, decidimos recuperar la tierra que nos sacudíamos de nuestros pies y, así, empezó la historia. ¡No es mentira! Nosotros llegábamos aquí y decíamos: “¡Qué tierro!” Resulta que estábamos caminando por encima del “oro”, y no nos dábamos cuenta del potencial de la arcilla. Hoy, ya tenemos 13 años dentro de la arcilla.

Pero, antes de llegar a eso, tuvimos una época afuera, se vendieron algunas cosas. Yo fui y trabajé con ganado, y no me fue nada bien. Después regresamos y montamos una pequeña fábrica de herramientas de trabajo: chícora, barretones, asadores, cincel; usando el carbón que teníamos aquí mismo para fundir.

Pasado un corto tiempo, no encontrábamos la materia prima, entonces tuvimos que voltear para la mina, otra vez; porque sabemos para qué sirve ese negrito que está ahí. A ese le debemos mucho: la crianza de nuestros hijos y el aprendizaje que tenemos ahorita. Progresamos con nuestra familia, les dimos los estudios a los hijos. Todos han comido de aquí, bien sea cuando éramos mineros y, ahora, como alfareros.

La familia aquí está integrada. De repente, escuchamos a un muchacho que no quiere ir al liceo —digamos que tiene 13 o 14 años—, y soy de los que les digo: “Tiene que seguir yendo al liceo; ¡vea cómo estamos nosotros, papá! ¡Aquí sí uno no inventa!”. Ellos me responden: “¡No, sí, señor Omar! Lo que pasa es que por asunto del trabajo...”. Pero esa historia la he escuchado de toda la vida. ¿Por qué? Porque el muchacho ve que aquí se hace el dinero, por lo menos aquí hay niños de 13 o 14 años que se ganan 2000... 2300 soberanos, en la semana, cortando ladrillos.

Aquí, hay hogares de madres solteras que tienen 4 y 5 niños, y cada niño gana eso. A veces, en la tarde, los hemos traído acá y juegan un ludito, y ahí le preguntamos: “Joven, ¿por qué usted está tan mal en matemáticas?”. Allí, en el ludo, es donde aplica suma, resta, multiplicación; si no sabe contar, lo hace con los dedos, pero aprende a mejorar



lo de las matemáticas, porque es donde él va más deficiente. Entonces, nos sirve para eso: la educación de los muchachos.

Aquí la gente es trabajadora. Antes de la paralización, el 80 % de la minería que se trabajaba dentro de los túneles era mano de obra calificada colombiana. Del minero colombiano, aprendimos —para nadie es un secreto— técnicas. Aquí, teníamos una manera total artesanal para hacer un hueco dentro de la tierra: llenábamos una mochila (costal), y sacábamos el carbón al hombro y lo vaciábamos afuera en el patio; ya el minero colombiano vino con otras técnicas, ya se hicieron túneles, con medidas exactas; montamos carrilera y aprendimos a hacer los vagones; hicimos los winches, y los adaptamos a ciertas minas de aquí.

Hay parte de venezolanos, ingenieros que trabajaban en el Ministerio de Minas, Carbo-suroeste, que aportaron cosas a la minería; pero, en sí, quienes aportaron técnicas y conocimientos para trabajar en minería dentro de un túnel, fueron los mineros colombianos.

Ahora, ya no hay mineros colombianos. Llegaron aquí, por el valor del bolívar; o sea: les convenía trabajar aquí y llevar plata para subsistir allá. Además del factor económico, había el factor de los desplazados y, acá, les dimos aquí cobijo. Apoyamos a esa gente porque vivió una situación en Colombia dura,

dura. En parte de la mina, hay una colonización. ¡No sé si puede decir así! Pero hay gente que ya se involucró, formó hogares aquí. Hay muchísima gente, muchachos, con más de 20 años de edad, que son hijos de padre y madre colombianos. Viven legalmente. De hecho, cuentan con el acompañamiento del Gobierno nacional para adquirir viviendas, para estudiar, para la producción y el abastecimiento de alimentos.

De Colombia, vino gente del llano y de la costa. Los que llegaron de la costa nos enseñaron a preparar el plato de La Viuda, y cosas así. Ese es un pesca'o, que preparan con yuca y, en vez de ser hacerlo en una olla, lo ponen bajo tierra, en un hueco, todo higiénicamente. Lo asan usando carbón.

Nosotros hemos sido víctimas de la delincuencia, pero de afuera hacia acá; es decir: ha habido casos de secuestro, casos de asesinatos. De verdad que sí lo ha habido, pero han estado aislados. Pero no es gente de aquí o entre nosotros mismos, ¡no! Por la situación geográfica, llegó una gente por aquí, aproximadamente hace 8 años, cuando se realizó un secuestro allá arriba. Utilizando al minero, la figura del minero, se nos introdujeron aquí adentro, y sí hubo delincuencia para tratar de dañar nuestra cultura. Pero nosotros tenemos una identidad de trabajo, de responsabilidad, de trabajo colectivo.



Máquina para fabricación de bloques de arcilla, aldea Las Minas, sector Los Corrales. José Ángel Mora, 25.10.2018



Interior de mina subterránea de carbón, en Lobatera.
José Ángel Mora, 26.10.2018

En una oportunidad, tocábamos música campesina, antes de hacer todo esto la minería; porque no encontrábamos qué hacer, por la paralización. Un día, abrí una boca de mina, con un señor que es un personaje, se llama

Oswaldo Moncada. Resulta que estábamos trabajando la mina —teníamos pico, pala y pala—, y boté tierra para allá. En eso, apareció el carboncito. Estuvimos comiendo de la mina, como unos seis meses o un año, ¡póngale usted! Son experiencias que uno recuerda, como el tiempo que uno pasa adentro de una mina. Allí, no hay radio ni nada de eso. Muchas veces, dentro de las minas, comes y conversas.

Aquí llega la gente y dice: “¡Uy!, usted siempre”. Yo les digo: “¡Uy, no! Siempre hay que trabajar, tenemos que hacer todo esto”. Yo siempre me levanto en la mañana y, cada vez que me levanto, como persona y como minero, siempre le pido a Dios que sucedan cosas bonitas, y usted fue una de esas.

Por ejemplo, acá, con la arcilla, hemos tenido buena agua. Usted se consiguió con buen barro y va a conseguirlo dentro de la máquina; vino en una temporada buena y suceden cosas bonitas. ¡Me gustó esto hoy, de verdad!

A nosotros nos gustaría seguir la alfarería. Hay demasiadas cosas que se pueden ir superando. Nunca se termina de aprender en la alfarería. ¡Nunca, nunca! Todo es un proceso, todo es una escala y siempre vas escalando, escalando, escalando... y, entre más escalas, más sabes. Creo que no vamos a dejar de ser mineros, de producir, de trabajar, mejorar y mantener eso.

Carbón y petróleo van de la mano

Empecemos por aclarar algo: antes del petróleo, fue el carbón. A mitad del siglo XIX, tan importante fue la actividad minera: oro, carbón, cobre y sal; que el Estado venezolano creó instituciones dedicadas a la inspección de obras, contratos y servicios conexos a las minas.

Ing. geólogo Rafael Almeida (2018)

EL CARBÓN Y EL FUTURO PROMISORIO

A lo largo del siglo XIX, el proceso de industrialización de los países europeos y de Norteamérica resultó indetenible. El carbón mineral desplazó a la madera como elemento para la combustión, y se constituyó en una fuente de energía de gran demanda para la puesta en marcha de los motores de ferrocarriles y barcos, fundición de minerales, generación eléctrica, alfarería y calefacción.

En Venezuela, la realidad de las primeras décadas distaba del clima de progreso que signaba al maquinismo, fenómeno tecnológico que motorizaba la economía, corrientes de pensamiento, ciencia e innovaciones, decisiones geopolíticas a nivel mundial. Hasta ese momento, la nación no se constituía en un importante socio comercial para Alemania e Inglaterra, principales potencias de la época.

El pago de las deudas adquiridas durante la Independencia y los primeros años de la república; los incentivos para fomentar industrias manufactureras; las inversiones requeridas para apalancar la minería, la agricultura y la concreción de la estabilidad política; limitaban los esfuerzos e iniciativas que adelantaban gobiernos, como el de José Antonio Páez. Durante el segundo mandato del Centauro de los

Llanos, se procuró la estimulación de la actividad minera metálica y del carbón, a partir de la exoneración de pagos a inversionistas nacionales y municipales a lo largo de un quinquenio.

En 1854, se promulgó el primer código de minas, un instrumento que contempló el régimen de concesiones para la exploración y la explotación de yacimientos mineros.

La industria del carbón estaba llamada a posicionar a Venezuela en el mercado internacional como un proveedor de combustible para máquinas a vapor, según los planes de desarrollo propuestos por Antonio Guzmán Blanco, presidente de la República, durante las últimas décadas del siglo XIX. Guzmán Blanco emprendió un conjunto de reformas liberales y obras de infraestructura tendientes a la modernización del país, en alianza con la burguesía comercial y financiera nacional e inversionistas extranjeros²⁴. En un mensaje ofrecido ante el Congreso Nacional en 1882, el mandatario destacó de la industria del carbón su capacidad de abastecer la demanda a módicos precios del combustible requerido por los vapores que transitaban entre Europa y América del Sur²⁵.

²⁴ Los capitalistas de las naciones más adelantadas del mundo, invirtieron en la explotación de minerales en Venezuela durante el siglo XIX. Su interés se centró además del carbón en Naricual, en las minas de cobre (Aroa), oro y hierro (Guayana), asfalto (Sucre), plata y azufre (Sucre), entre las más productivas.

²⁵ García Ponce, A. (1992). "Las minas de carbón de Naricual". En N. H. Vallenilla (Coord.), *Inversiones extranjeras en Venezuela. Siglo XIX*, (pp. 316-777). Caracas: Academia Nacional de Ciencias Económicas.



Trabajadores del ferrocarril de Guanta, en los inicios del siglo XX.

La construcción de líneas férreas y carreteras; la instalación del cable submarino que amplió la comunicación telegráfica entre Venezuela, Bogotá, las islas del Caribe y Europa; y otras obras, sumadas a una emergente y tecnificada fuerza laboral e inicio de industrias manufactureras con maquinaria a vapor; le dieron el anclaje necesario al país para insertarse en un novedoso esquema económico y tecnológico que revolucionaba al resto del mundo, donde, sin duda alguna, el carbón mantenía un papel predominante. La industria petrolera, que fue iniciada en los Estados Unidos de América en 1859, se limitaba a cubrir solo la demanda interna de querosén para la iluminación a través de las llamadas lámparas de parafina, por lo que el carbón continuaba dominando el mercado.

Los estudios y el otorgamiento de concesiones del carbón y petróleo se desarrollaron en paralelo; no obstante, difirieron en cuanto a rendimiento, inversión, rentabilidad y sostenibilidad a partir del siglo XX. Los registros sobre la existencia del carbón en el país, se atribuyen a informes presentados por el científico Hermann Karsten (1850) e ingeniero Wenceslao Briceño-Méndez (1876). Las primeras

concesiones para explotación de minas de carbón se otorgaron en Naricual, estado Anzoátegui (1882); Guasare-Socuy, estado Zulia (1886); Lobatera, estado Táchira (1901).

La minería fue un asunto de gran interés para el Estado durante el siglo XIX. De allí, el empeño en desarrollar la infraestructura requerida para exploración, explotación y comercialización del carbón en las distintas regiones. Estas actividades las hacían ingenieros inspectores calificados, dirigidos por Palacio. Gracias a él, quien fue una respetada autoridad nacional como inspector técnico, tenemos hoy registros detallados sobre la calidad, rendimiento y costos —por decir lo menos— de las minas de carbón explotadas en Naricual y de otros yacimientos minerales de esa época. Todo lo que Palacio registró en geología y minas está en publicaciones oficiales de la época, que consultaban los primeros ingenieros geólogos de la UCV.

Rafael Almeida P., fragmento de entrevista, 29 de octubre de 2018.

Las minas de carbón de Naricual fueron descubiertas, de manera casual (1848), por un nativo de la localidad, quien reportó sobre su existencia y sus propiedades a un terrateniente de la región. Este, a su vez, envió muestras a un experto en Caracas para certificar la composición del material. Los ensayos efectuados en hornos de fundición arrojaron



excelentes resultados. En 1850, el hallazgo de las minas fue reportado al presidente José T. Monagas. Los terrenos donde se ubicaban los yacimientos fueron comprados, a un particular, por José G. Monagas, reconocido terrateniente y caudillo de la región oriental. Empleando métodos rudimentarios, extrajeron pocas toneladas de carbón sin uso comercial. La riqueza potencial de estas minas fue conocida en el país y en aquellas potencias extranjeras ávidas del recurso mineral para su aprovechamiento interno y comercial.

Para aumentar la productividad de los yacimientos de Naricual, se requería de la instalación de una compleja infraestructura para ejecutar las operaciones asociadas a la minería subterránea: edificación de galerías; instalación de un ferrocarril para acarreo y transporte del carbón desde el sitio de mina al lugar de despacho; sumado al acondicionamiento del puerto, para la exportación del mineral hacia mercados internacionales.

Tal empresa era solo posible mediante la inversión de capitales extranjeros. En el caso de las minas de Naricual, fueron tres las potencias que invirtieron en la explotación y la comercialización del mineral. Inglaterra se destacaba por ser la mayor productora de carbón; Francia apalancaba su economía sobre la base de importación del mineral. Italia carecía de yacimientos carboníferos, por lo que sus necesidades del combustible eran compensadas a través de importaciones.

Plano de la vía férrea de las minas de Naricual (1891)



Documentos de la época, develan el otorgamiento de sucesivas concesiones a compañías de procedencia francesa, inglesa e italiana (1882-1898), destinadas a la explotación del mineral que fue catalogado de “primera calidad”, por un promotor de inversión extranjera procedente de Inglaterra llamado J.M. Spencer. Recorrió las minas en 1871, con la firme intención de invertir en su explotación y en la construcción de un sistema ferroviario para la transformación productiva y comercial de la región. Sin embargo, la iniciativa de Spencer no tuvo el éxito esperado, pues fue desplazado por la firma gala que, entre 1882 y 1888, adquirió extensos terrenos entre el valle de Naricual y Guanta.

El presidente Antonio Guzmán Blanco, en sociedad con capitales extranjeros, igualmente adquirió, en 1884, lotes de terrenos en el sitio de minas de Naricual. Dos años después, se inició la construcción del muelle, galerías y tendido de la vía férrea, por parte de los inversionistas franceses. Según la relación de minas en explotación, publicada en el Boletín de la Riqueza Pública del Ministerio de Fomento (1891), se conocían 22 yacimientos de carbón, de las cuales la única mina productiva era la ubicada en Naricual.

A lo largo de su existencia productiva, las minas de Naricual no reportaron el rendimiento y las ganancias que estimularon la participación de capitales extranjeros. Entre los factores que interfirieron en su bajo rendimiento (siglo XIX), destacaron: la ausencia de mano de obra experimentada; el

incumplimiento por parte del Estado en cuanto a inversiones y acreencias con las compañías; las enormes cantidades de carbón que se importaban desde Inglaterra (principal proveedor en América) destinadas al aprovisionamiento del alumbrado público, Marina de Guerra, navegación de cabotaje, minas de oro y cobre; carencia de una legislación específica que regulara la inversión extranjera; la baja competitividad de los precios del carbón de Naricual con respecto al producto traído por inversionistas ingleses. Así lo evidenciaron los reportes oficiales.

La inversión extranjera que arribó a Naricual se retiró a escasos años de iniciar la explotación de las minas de carbón (1882), mediante la aplicación de maniobras en su beneficio como la compra-venta de acciones a otra compañía, tal y como sucedió con capitalistas ingleses (1896); mediante acciones bélicas, judiciales o presiones diplomáticas ejecutadas por la compañía italiana Lanzoni, Martini y Cía., que cesó las relaciones con Venezuela (1904). En 1890, los franceses, quienes fueron los primeros y mayores inversores mineros de la mano del Ejecutivo nacional, se retiraron a través de un traspaso de acciones casi imperceptible al Estado venezolano y a capitales ingleses.

En el siglo XX, las minas de Naricual fueron nuevamente evaluadas en cuanto a su potencial (1938), con un resultado reducido en comparación con las toneladas requeridas. Pese a su limitada reserva probada, se continuó la explotación subterránea en varios mantos. En 1946, se produjo el primer



cierre de minas tras ocurrir varios incendios en las galerías, que cobraron la vida de obreros. En el marco del programa de obras públicas del gobierno de Pérez Jiménez se llevaron algunas adecuaciones y reconstrucciones en 1954. La producción abasteció solo demandas locales.

La puesta en marcha de la planta Siderúrgica del Orinoco (1962) exigía un elevado suministro de coque metalúrgico, para lo cual se consideraron las minas de Naricual y otras de la región; pero ello no fue posible. El suministro se obtuvo a través de importaciones. El Estado reactivó, nuevamente, la vía férrea (1977), y entregó las minas en concesión a una empresa angloamericana y, luego, a otra empresa de origen nacional. Los esfuerzos no resultaron y, en los ochenta se volvió a paralizar —esta vez de manera definitiva— la explotación de los yacimientos carboníferos de Naricual, descubiertos en 1848.

ORO NEGRO EN OCCIDENTE

Desde la etapa prehispánica, las propiedades del petróleo eran conocidas por los pueblos aborígenes. El asfalto del lago artificial Guanoco, ubicado en el actual estado Sucre; y otras filtraciones, identificadas en varias regiones al norte del Orinoco; fueron aprovechados por los autóctonos para fines medicinales, iluminación, mortero y recubrimiento de embarcaciones.

La existencia del “mene” —como le denominaron los aborígenes— quedó descrita en crónicas ela-

boradas por expedicionarios españoles que arribaron a tierras venezolanas a partir del siglo XVI, y repetidas por los historiadores de Indias durante el siglo XVII. Bucaneros y piratas que operaban en el Caribe, también, emplearon petróleo crudo y asfalto natural provenientes de rezumaderos localizados en las cercanías del lago de Maracaibo, para reparación de los cascos de las flotas.

La primera experiencia de industrialización de hidrocarburos, en Venezuela, se encuentra en la creación de la Compañía Nacional Minera Petrolia del Táchira (1878). Este emprendimiento fue organizado por científicos e inversionistas locales para la explotación y la comercialización de petróleo. En una pequeña planta traída desde Estados Unidos e instalada (1883) en el campo La Alquitrana, ubicado en Rubio, se refinó el crudo para la fabricación de querosén. La concesión fue otorgada por 50 años al propietario de la hacienda cafetalera donde fue descubierto el petróleo crudo.

El querosén de la Petrolia se vendió en localidades adyacentes y fuera de las fronteras (Cúcuta y Pamplona). La empresa contrató a un experto extranjero (1928), con el fin de aumentar la producción del campo. Luego de unas adecuaciones y otras perforaciones, la Petrolia obtuvo mayores beneficios; pero de muy corta duración, pues los yacimientos se agotaron en pocos años, y la concesión caducó en 1934. La primera iniciativa nacional fracasó frente a la presencia de concesionarias —como la Bermúdez Company, la Royal

Dutch, la Shell Standard Oil— que ejercieron verdaderos monopolios en el negocio petrolero.

La Compañía Petrolia del Táchira (ubicada en el caserío La Alquitrana, en las inmediaciones de Rubio, estado Táchira) fue la primera compañía de origen privado que se dedicó a esta explotación petrolera en Venezuela (1878). Sus fundadores se trasladaron a Estados Unidos conociendo, de primera mano, la importancia del petróleo.

La pequeña refinería fue instalada en un campamento en la antigua hacienda cafetalera La Alquitrana. Su nombre se debió a que, desde tiempos inmemoriales, en uno de sus cerros, brotaba asfalto —y con mayor profusión, luego del terremoto de 1875—. La refinería procesaba el querosén, desde finales del siglo XIX hasta principios del XX, y fue usado para las lámparas de larga duración que iluminaron a la ciudad de San Cristóbal, antes de llegar las de carburo, otro sistema de iluminación.

Se tiene memoria de que, para las ceremonias del centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar (1883) y del Gran Mariscal de Ayacucho (1895), así como de otras fiestas patrias, celebradas en San Cristóbal a finales de siglo, la plaza Bolívar y la iglesia contaron con iluminación brindada por lámparas con mechones empapados de querosén procedente de La Alquitrana. Esta



Trabajadores de la Compañía Nacional Minera Petrolia del Táchira, finales del siglo XIX



Equipo de perforación de pozo Zumaque I, en Mene Grande, estado Zulia (1914)

primera empresa petrolera venezolana funcionó hasta principios de la década de los años 30 del pasado siglo, cuando ya no pudo competir con los volúmenes de producción y procesamiento del petróleo que realizaban las compañías extranjeras.

Samir Sánchez, *fragmento de entrevista, 10 de noviembre de 2018.*

A nivel global, el siglo XX se estrenó con la era del petróleo y una nueva fase de la industrialización, considerada como la Segunda Revolución Industrial, período que se extendió hasta finales de la II Guerra Mundial. La invención del motor de combustión interna impulsó la industria del transporte. El asfalto desarrolló la infraestructura vial y, con ello, la interconexión entre centros de producción petroleros con ciudades-puertos, desde donde se comercializaba en mercados extranjeros; solo por mencionar algunos avances de trascendencia experimentados en Venezuela, a partir de la segunda década del siglo XX.

En este contexto, los yacimientos petroleros explorados al norte del país se convirtieron en asunto de provecho para las potencias emergentes: Alemania, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos e Italia, se contaron entre los interesados en el otorgamiento

de concesiones. El Estado garantizaba la soberanía del valioso recurso, a través de leyes y decretos. No obstante, las mayores ganancias tributaron sobre las arcas de particulares nacionales y corporaciones foráneas, que ejercieron significativa influencia económica y política en los asuntos del país.

Entre 1906 y 1907, la distribución geográfica de las concesiones para explotación de asfalto, se llevó a cabo en las entidades: Anzoátegui, Carabobo, Delta Amacuro, Distrito Federal, Falcón, Mérida Monagas, Sucre y Zulia; concentrándose en esta última la mayor cantidad de autorizaciones (22)²⁶. A diferencia de aquellos naturalistas y minerólogos europeos que, en tiempos pretéritos, se enfocaron en reportar las riquezas minerales y fenómenos existentes, geólogos auspiciados por empresas petroleras, que recorrieron a principios del siglo XX las cuencas sedimentarias al norte del país, especialmente aquellas localizadas en el lago de Maracaibo, registraron verdaderos hallazgos. Más de una veintena de menes fueron referenciados; en contraste con tal riqueza, también una población diezmada por enfermedades, desnutrición y pobreza; caminos arruinados que conducían hacia los potenciales puertos para envío del crudo a mercados nacionales e internacionales, al igual que escasos y precarios medios de transporte terrestre y marítimo, advertían sobre condiciones poco favorables para el progreso de la industria petrolera.

²⁶ Arcila Fariás, E. (2009). *Las estadísticas de Castro: primera década del siglo XX*. Colección Monografías. Centro Nacional de Historia, pp. 136-138. Caracas.



Reventón de pozo petrolero El Barroso II, campo Santa Rosa, estado Zulia (1922)

En las primeras tres décadas del siglo XX, se produjo una segunda fase de modernización en el país. La llegada de las multinacionales petroleras y su influencia en diversos ámbitos de la vida nacional; el elevado y sostenido rendimiento de los campos y pozos, como el Costanero, de Mene Grande; Zumaque I y El Barroso II, en el estado Zulia; encabezaron el posicionamiento de Venezuela en el mapa energético mundial.

Pese a esta alta productividad de los campos, la Venezuela rural observó verdaderas transformaciones en su infraestructura material a partir de la ejecución del Programa de Febrero (1936) y la Ley de Hidrocarburos (1943), períodos cuando el Estado venezolano comenzó a invertir en la solución de problemas que afectaban a la población; además que obtuvo una mayor participación en el negocio y un aumento en la recaudación fiscal, por concepto de renta petrolera.

Génesis de la minería en Venezuela

En 3 años, Humboldt vio, en el nuevo continente, más de lo que habían visto los españoles en tres siglos.

Simón Bolívar (1804)





TRAS EL DORADO

Los invasores españoles al llegar a tierras americanas (1492), en su afán por conseguir riquezas, por casi tres siglos, se dedicaron a conocer la geografía y las potencialidades de tan exuberantes territorios. Las referencias sobre la existencia de minerales en Venezuela fueron obtenidas, en un principio, a partir de las narraciones proporcionadas por los propios nativos. A medida que avanzaba la conquista en el resto de la América hispana, la existencia de una ciudad que atesoraba cuantiosas minas de oro y su gobernante envuelto con polvo del preciado mineral se posicionó en el imaginario de los expedicionarios.

Para el reino de España —ansioso por encontrar y extraer oro, metales y piedras preciosas—, localizar las minas era una misión impostergable. La teoría mercantilista regía el intercambio comercial de la Edad Moderna, razón por la cual se justificaba que la conquista de territorios, fundación de poblaciones y explotación de sus riquezas orientaran las acciones de la Corona española; incluso que prevalecieran por encima de estudios o exploraciones científicos sobre las potencialidades mineras. En todo caso, fue la navegación, cartografía y delimitación de territorios, el asunto en el que estaban avocados muchos de los eruditos de los primeros años de la conquista.

En las crónicas de la época, no existen registros vinculados con la ejecución de sistemáticos estudios científicos en Venezuela que conllevaran la identificación, clasificación o valoración de potenciales

yacimientos minerales. La presencia del oro era evidente en las sencillas prendas que lucían algunos miembros de pueblos aborígenes, como símbolo de estatus y poder, especialmente los asentados en los Andes, quienes aprovechaban igualmente minerales no metálicos para fines constructivos.

A lo largo de los siglos XVI y XVII, algunas crónicas y relatos indican la presencia y explotación de oro. Destacan las minas, citadas por Oviedo y Baños, de Nuestra Señora (localizadas en Petaquire y Guaicaipuro). Estas minas, exploradas en varias oportunidades desde 1560, originaron enfrentamientos bélicos con los aborígenes por su control. Dichos yacimientos fueron referidos, nuevamente, por Francisco Fajardo (1560) y Diego de Lozada (1567)⁷.

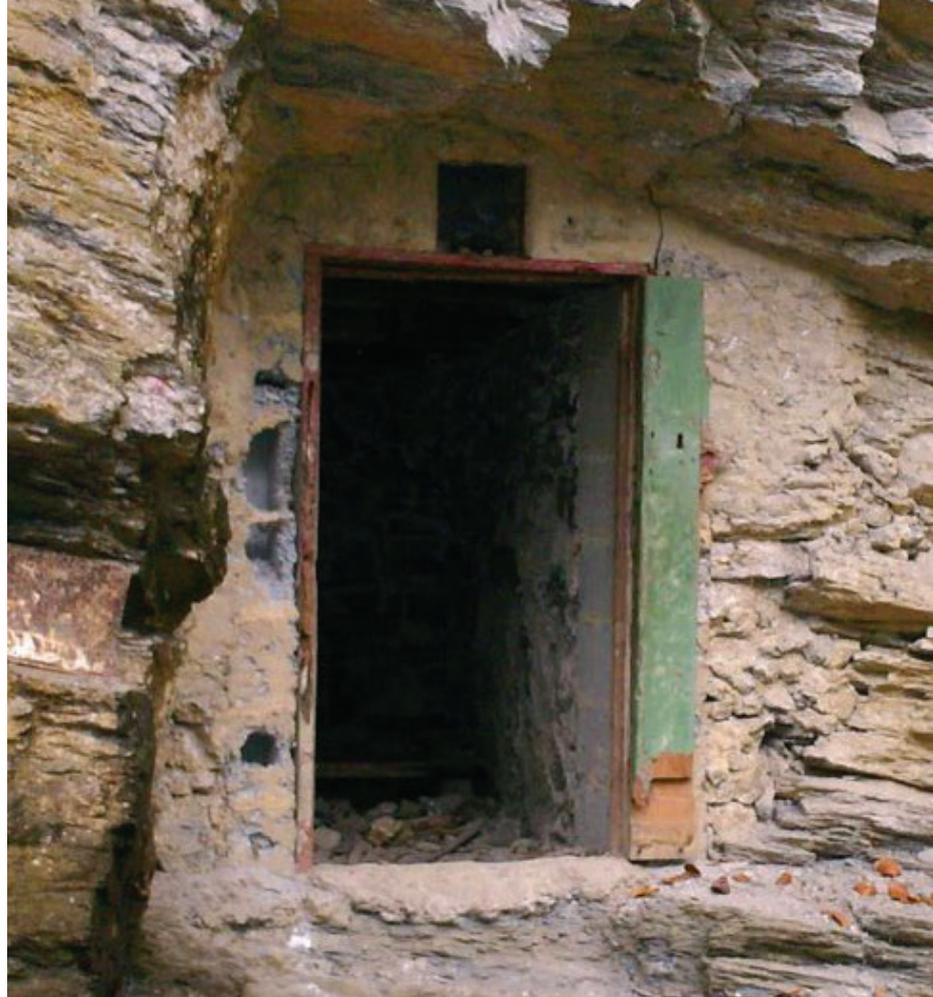
Inspirados en la leyenda de El Dorado, exploradores españoles y alemanes avanzaron sobre los Llanos, remontaron el Orinoco, atravesaron escarpadas montañas, una y otra vez, por más de dos siglos. Algunas minas ubicadas en el estado Yaracuy, donde los aborígenes extraían oro, fueron tomadas por los conquistadores, obteniendo el necesario financiamiento para la empresa de colonización que se extendió más allá de las fronteras venezolanas (Colombia, Ecuador), donde sí lograron localizar sofisticadas piezas de orfebrería, elaboradas a partir de avanzadas técnicas, por los pueblos precolombinos.

Otros yacimientos mineros de vital importancia, como los de sal ubicados a lo largo de la costa, se consideraron fuentes de riqueza ya adentrado el

siglo XVII. Destacó la presencia holandesa en los salares de Araya, donde se originó una pugna por el control del mineral, cuyo producto era usado por los neerlandeses para la conservación de alimentos de alta comercialización en Europa y tierras americanas (quesos, pescado). Para la protección del salar, la Corona española encomendó la construcción de una portentosa fortificación en la península de Araya, estado Sucre.

El cobre fue otro de los minerales reseñados en las crónicas e informes enviados a la Corona española. En 1621, Manuel Gaytán de Torres publicó una relación de las minas de cobre localizadas en la serranía de Cocorote, provincia de Venezuela²⁸.

El siglo XVIII coincidió también con el desarrollo capitalista industrial y comercial en Europa. Se inició una nueva fase en la economía influenciada por las ideas ilustradas. La división del trabajo, las actividades extractivas, productivas y mercantiles encontraron en las plantaciones y en la esclavitud, al norte del país; y en la minería y en la cría de ganado, al sur del Orinoco; importantes fuentes de ingreso para la monarquía española.



**Boca de mina de cobre, en el Parque Bolivariano
Minas de Aroa, estado Yaracuy**

²⁷ En la segunda mitad del siglo XVI, los registros aportados ante la Real Hacienda alcanzaron los 184 716 pesos de oro. El rendimiento total durante la centuria alcanzó a 323 277 pesos. Aun cuando las cantidades fueron considerables, resultaron inferiores a la producción de minas de oro en el Nuevo Reino de Granada, durante el primer quinquenio del siglo XVII (495 000 pesos). No obstante, siendo muy escasa la población española en Venezuela en el referido siglo (menos de 3000 personas), resultaba una elevada producción *per cápita*.

²⁸ Casi la totalidad de la producción de cobre se ubicó en el siglo XVII. Los primeros reportes datan de 1610, luego del terremoto del 3 de febrero, en la población de La Grita, estado Táchira. Sobre las minas de Cocorote o Aroa en Yaracuy, las fuentes indican que la explotación se inició en 1625, y alcanzó, a mediados del siglo la cifra de 104 500 libras. Estas pasaron a ser propiedad de la familia Bolívar (1680) y, posteriormente, heredadas por el Libertador Simón Bolívar. En su visita a Venezuela, Humboldt destacó la excelente calidad del cobre extraído de la entonces provincia de Caracas, comparándolo con el obtenido en minas ubicadas en Europa y Suramérica.



A partir de 1722, misioneros capuchinos catalanes, instalaron centros de producción desde el río Caroní hasta el Esequibo, en el estado Bolívar. Los talleres de forja y herrería de alta tecnología transformaban en acero el mineral de hierro. Fabricaron herramientas de labranza y construcción, ejes y pletinas para carretas, puntas de lanzas, balas de hierro, arquetipos de armas de fuego. Desarrollaron otras industrias locales como alfarería y trapiches. Existen indicios fundamentados en hallazgos arqueológicos e investigaciones historiográficas que presumen la fundición de oro aluvional procedente del Caroní.

El destino comercial de los productos elaborados en más de una veintena de misiones capuchinas instaladas en el vasto territorio tuvo como destino el mercado internacional. La alta producción minera fue reportada al monarca español por el gobernador de la provincia de Guayana (1740). Mediante Real Cédula, se ordenó efectuar un reconocimiento de yacimientos de mineral de hierro, localizados dentro del territorio autorizado para la instalación de misiones.

Sobre el cumplimiento de la tarea encomendada no se tienen mayores datos, pues, a partir de 1817, la labor de estos establecimientos se limitó a la actividad agropecuaria restringiendo toda la estructura industrial soportada en la explotación y el aprovechamiento de yacimientos mineros.

MINERÓLOGOS Y GEÓLOGOS DE ORIENTE A OCCIDENTE

Entre 1799 y 1800, Alexander de Humboldt inició por el oriente venezolano, una expedición científica junto a otro reconocido botánico naturalista llamado Aimé Bonpland. Este acontecimiento es considerado como la base de los primeros estudios geológicos en Venezuela. El científico alemán observó y registró las formaciones geológicas que afloraban en los diversos paisajes que recorrió, a través de los Llanos centrales y orientales, los valles de Caracas, Aragua, El Tuy y Puerto Cabello.

Colocó gran interés en el análisis de la composición de rocas metamórficas halladas en las cercanías a la formación conocida como Silla de Caracas; formuló algunas hipótesis sobre las causas del terremoto que meses antes de su llegada, azotó a la ciudad de Cumaná; remontó el Alto Orinoco y algunos de sus afluentes; elaboró la primera columna estratigráfica de Venezuela, además de una novedosa lista de depósitos naturales de asfalto y fuentes termales en la zona costera extendida desde Trinidad hasta Maracaibo.

Las descripciones sobre territorios americanos fueron publicadas, bajo los títulos: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* (1804) y *Cosmos* (1857). Se constituyeron en verdaderos tratados científicos, consultados por Simón Bolívar, con quien Humboldt sostuvo un encuentro en Francia (1804) e intercambió una extensa correspondencia en 1820. El científico



alemán fue reconocido por Bolívar como el Descubridor Científico del Nuevo Mundo.

La Guerra de Independencia se trasladó desde el sur del Orinoco a la América meridional (1819). Así, quedaron rezagados por casi dos décadas, los estudios y las expediciones científicas, ante la producción de suministros y alimentos para las tropas patriotas.

El Libertador, empoderado de los aportes científicos de Humboldt y consciente del valor de los recursos minerales como fuente de riquezas para las naciones liberadas en Sudamérica, promulgó, entre 1824 y 1829²⁹, decretos trascendentes para la minería y el ejercicio de la soberanía sobre las riquezas. Dispuso profundizar los estudios de minas, reguló la comercialización y el laboreo y fomentó la asociación para su explotación; todo a favor de impulsar la prosperidad y aumento del patrimonio de los países que emancipó: Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú. Bolívar demostró ser un visionario al trazar una nueva estructura jurídica, funcional y organizacional en materia minera de cara a la era republicana. Se propuso legar, a los Estados libres de Hispanoamérica, un sólido andamiaje para el ejercicio de la soberanía sobre las riquezas mineras.

Finalizada la guerra, se instauró el Estado-nación venezolano (1830). Esta vez, las rebeliones, los alzamientos y los enfrentamientos bélicos se extendieron hasta finales de esta centuria. Protagonizadas por facciones nacionales discordantes sobre el modelo de país, solo acentuaron las enormes brechas sociales y crisis económica legada de la Colonia. Sin embargo, las ciencias naturales encontraron en este ambiente de constante conflictividad algunos avances, en su mayoría, influidos por las investigaciones efectuadas por Alejandro de Humboldt (1799-1800).

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, otros científicos reconocidos de origen alemán, arribaron al país para realizar estudios sobre geología, minerales, yacimientos existentes. Destacó el mineralogista alemán Hermann Karsten, quien publicó en el Boletín de la Sociedad Geológica Alemana (1850), una primera aproximación sobre la geología de Venezuela relativa a las regiones central y oriental, lugares donde efectuó los estudios entre 1844 y 1852. Destacan, en los reportes, la identificación de abundantes afloraciones de petróleo crudo (rezumaderos) en zonas próximas al lago de Maracaibo y región oriental.

En las últimas décadas del decimonónico, la geología adquirió un significativo impulso a partir de las investigaciones adelantadas por el geólogo

²⁹ En el decreto de 1829, se plantearon regulaciones para todos los minerales, canteras y yacimientos; incluyendo el asfalto, bitumen, petróleo y cualquier otro elemento líquido existente en el subsuelo.

Anuario GRHIAL Universidad de Los Andes. Mérida. Enero-diciembre, n.º 10, 2016. Bolívar: minería y petróleo, Aboaasi El Nimer, Emad. Recuperado de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/43127/articulo5.pdf?sequence=1&isAllowed=y>



Wilhelm Sievers, quien, auspiciado por la Sociedad Geográfica de Hamburgo, inició sus estudios entre 1884 y 1896. Exploró gran parte del territorio nacional, mereciéndole especial atención la Cordillera de Mérida.

Los resultados se tradujeron en novedosos adelantos, como una data instrumental sobre los glaciares de la cadena montañosa y el primer levantamiento de un mapa geológico de Venezuela. Produjo, además, una extensa bibliografía basada en sus investigaciones, figurando entre ellas: *Venezuela* (1888), *Segundo viaje a Venezuela* (1896), *Die Quellen des Marañon-Amazonas* (1910).

Las investigaciones sobre la región andina, incluyeron el hallazgo de aguas termales³⁰ en el poblado de Lobatera, estado Táchira. El hecho relatado por el cronista de la población en 1888, quedó descrito así:

En la obra *Die Cordillera von Mérida*, del Dr. W. Sievers, publicada en Viena, con traducción al castellano del Dr. A. Ernest (“El Cojo Ilustrado”, Caracas, 15 de agosto de 1893, n.º. 40, p. 300), al hacer referencia a las aguas termales del Táchira, especifica: “5°. Lobatera tiene un manantial algo ferruginoso en una colina al sureste de la ciudad. Sale probablemente de las capas fuertemente ferruginosas de marga, arenisca y cuarcita que constituyen aquella parte superior de la formación cretácea (1000 metros sobre el nivel del mar)”.³¹

En 1876, regresó a Venezuela Miguel Emilio Palacio, ingeniero civil y de minas (graduado en Inglaterra), quien reunió una vasta experiencia en minas de carbón, cobre, salitre y plata ganada en países de Sudamérica donde permaneció por largos años. Debido a sus notorios conocimientos, fue comisionado para profundizar estudios de minería en el sur de Guayana. Se desempeñó como jefe de la Inspección Técnica de Minas de la República.

Palacio publicó numerosos artículos vinculados a prácticas mineras; fundó el primer instituto nacional para el estudio de la minería en la población de Guasipati (1892), donde la explotación del oro y presencia de ingleses (mineros y concesionarios) estaba en uno de sus mejores momentos. Es reconocida su defensa sobre el potencial minero en la cuenca del río Cuyuní y denuncia que adelantó, ante las autoridades nacionales, sobre asentamientos extranjeros en la zona contigua al territorio Esequibo, mucho antes de la firma del laudo arbitral suscrito en 1899 mediante el cual las dos grandes potencias imperiales de la época (Gran Bretaña y Estados Unidos) pretendieron despojar a Venezuela de la Guayana Esequiba.

³⁰ La cartografía actual indica la ubicación de la naciente de agua azufrada, en la margen derecha de la quebrada La Molina, corriente agua localizada en falla tectónica que origina el valle de nombre homónimo. Existió en la llamada falla de Molina una mina subterránea de roca fosfática durante la segunda mitad del siglo XX.

³¹ Extracto tomado de *Crónicas de Lobatera* (versión digital). La cartografía actual indica la ubicación de la naciente de agua azufrada, en la margen derecha de la quebrada La Molina.

Los primeros reportes sobre la actividad minera son elaborados por expertos venezolanos en los años 90 del siglo XIX. Los lidera un ingeniero civil y de minas graduado en el extranjero llamado Palacio, quien trabajó por varios años en las minas de carbón en Chile. Al conocer sobre los hallazgos de yacimientos de oro hechos por científicos ingleses, hacia los lados del río Yuruarí en el sur y las primeras exploraciones de norteamericanos buscando petróleo en occidente, regresa a Venezuela y ocupa un alto cargo en una oficina de minas creada por el Gobierno de entonces. Creo se llamó Servicios Mineros o algo así. Enalteció y defendió las riquezas minerales del país, ante oscuros intereses de ingleses asentados en el Esequibo que, a mi criterio, fue uno de las manifestaciones de ejercicio de soberanía más contundentes.

Rafael Almeida P., fragmento de entrevista, 29 de octubre de 2018.

Terminó el siglo XIX, con un amplio inventario que incluyó la identificación, caracterización y localización de minerales, yacimientos y minas de Venezuela. La información proveniente de distintas investigaciones y publicaciones locales y foráneas consiguió, en órganos de consulta con marcada tendencia científica —el Colegio de Ingenieros de Venezuela creado en 1861; la Inspectoría Técnica de Minas de la República; la Escuela de Minería de Yuruarary (1892); los boletines

científicos e institucionales; así como decretos y códigos de mina—, las bases para impulsar investigaciones aplicadas, exploraciones, elaboración de mapas geológicos, divulgación sobre prácticas mineras, creación de reportes de producción e inspecciones de operaciones.

Exploradores del territorio

Siglo XIX

1799-1800: Alexander von Humboldt

1844-1852: Hermann Karsten

1861 G.P.: Wall

1861-1899: Adolfo Ernst

1869-1870: Arístides Rojas

1875: Jules Marcou

1876: Wenceslao Briceño-Méndez

1884-1885: Wilhelm Sievers

1892: Miguel Emilio Palacio

1888-1896: W. Siever

El otorgamiento de concesiones para la explotación de minas, la puesta en marcha del sistema ferroviario, los inicios de la electrificación y demás obras modernizadoras del Estado precisaron del avance de la geología y la minería como ciencias. Estos avances se sumaron al desarrollo tecnológico que demandaba el naciente aparato industrial minero, signado por el petróleo, la nueva fuente de energía que desplazó al carbón como combustible. La industria petrolera inauguraba una nueva era económica en el mundo y, especialmente, en Venezuela a partir del siglo XX.



A close-up portrait of a man with light brown hair and a beard, looking slightly to the right. He is wearing a dark jacket with white stripes on the collar. The background is a dark green wall.

Capítulo 11

Memoria viva y patrimonio

**Nosotros llegábamos aquí y decíamos:
“¡Qué tierrero!”. Resulta que estábamos
caminando por encima del “oro”,
y no nos dábamos cuenta del potencial.**

Minero Omar Velasco (2018)



Abogada Natalia Chacón, alcaldesa de Lobatera (2004-2014). José Ángel Mora, 28.10.2018



Presbítero Melquiades A. Pérez, párroco de la iglesia de Lobatera (2018). Eduardo Núñez, 28.10.2018



Ingeniero geólogo Rafael Almeida, gerente técnico de CVM Carbosuroeste (2018). José Ángel Mora, 28.10.2018



Licenciado en Educación Eduardo Núñez, integrante de la Fundación Sociocultural Lovatera 1774. Cosme Darío Hurtado, 2018



**Doctor en Filosofía y Letras Samir Sánchez,
cronista emérito de Lobatera (2003-2011).
José Ángel Mora, 28.11.2018**



**Magíster en Gestión Cultural Nelson Chacón,
integrante de la Fundación Sociocultural Lovatera
1774. Cosme Darío Hurtado, 2018**



**César Darío Pérez, integrante de la Fundación
Sociocultural Lovatera 1774.
Cosme Darío Hurtado, 2018**



**Licenciado en Educación Alexander Astudillo,
presidente de Carbosuroeste (2018).
José Ángel Mora, 28.10.2018**



Víctor Velasco Flores, minero y alfarero de la aldea Las Minas. José Ángel Mora, 28.10.2018



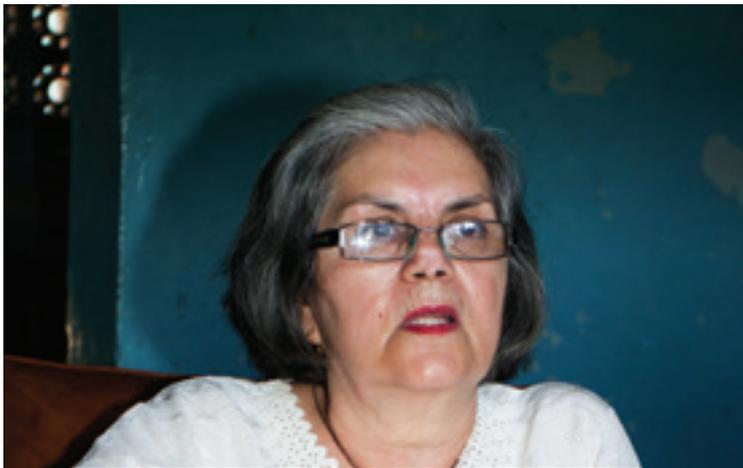
Doctora en Antropología Reina Durán, directora del Museo de Arqueología del estado Táchira (1976-2010). José Ángel Mora, 28.10.2018



Manuel Sánchez, artesano de Lobatera. José Ángel Mora, 28.10.2018



Profesora Nancy de Martínez, directora de la Escuela de Labores Monseñor Manuel García. José Ángel Mora, 28.10.2018



Cleme Alicia Zambrano, habitante de Lobatera. José Ángel Mora, 26.10.2018



Omar Velasco Flores, minero y alfarero de la aldea Las Minas. José Ángel Mora, 25.10.2018



Oratorio en el interior de la mina subterránea de carbón Los Parra, en Lobatera. José Ángel Mora, 26.10.2018



Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, en Lobatera. José Ángel Mora, 28.10.2018



Nuestra Señora de las Mercedes, patrona menor de Lobatera. Cosme Darío Hurtado, 2012



Fachada del Cementerio Municipal de Lobatera. José Ángel Mora, 27.10.2018



Antigua Calle Real de Lobatera, actual carrera 4. José Ángel Mora, 25.10.2018



GLOSARIO DE TÉRMINOS

Bocamina: entrada de una mina.

Carretillero: quien realiza la labor del carretileo; esto es: quien saca el carbón en una carretilla de las minas.

Forjar: quemar.

Pampas: hornos artesanales en donde se queman los ladrillos hechos de arcilla.

Pampero: artesano que hace ladrillos a través de técnicas heredadas, en general, de generación en generación.



OTRAS REFERENCIAS

- Banco Central de Venezuela (1958). *Sociedad Económica Amigos del País. Memorias y estudios 1829-1839. Tomos I-II*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- Benet, F. (1929). *Guía General de Venezuela. Tomo I*. Leipzig: Casa Oscar Brandstetter.
- Casanova, M. M. (1981). *Las minas de carbón de Lobatera*. Universidad Nacional Experimental del Táchira, Departamento de Ciencias Sociales y Económicas, San Cristóbal.
- Ceballos, G. B. (2003). *El diagnóstico geohistórico y la intervención de las comunidades. Caso Lobatera-Táchira*. Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador (Vicerrectorado de Investigación y Posgrado).
- Colegio de Ingenieros de Venezuela (1958). Revista CIV 295. Caracas: Colegio de Ingenieros de Venezuela.
- Corporación de los Andes. (1976). *Programa Carbonífero del Táchira*. Disponible en <http://cir.unet.edu.ve/files/Documentos/00288.pdf>
- CVF-C.A. Minas de Carbón de Lobatera (1974). *Informe de la evaluación de concesiones del C.A. Minas de Carbón de Lobatera. Distrito Lobatera, estado Táchira*. Caracas.
- Durán, R. (1999). *Cultura tradicional del Táchira*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura.
- Eduardo, A. F. (2009). *Las estadísticas de Castro. Primera década del siglo XX*. Colección Monografías. Caracas: Fundación Centro Nacional de la Historia.
- El Nimer, E. A. (2016). Anuario GRHIAL Universidad de Los Andes. ISSN 1856-9927. Mérida. Enero-diciembre, N.º 10, 2016. *Bolívar: minería y petróleo*, Aboasi El Nimer, Emad, pp. 108-129. Recuperado de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/43127/articulo5.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Gilli, M. (2010). La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5008055>
- Harwich Vallenilla, N. (1992-1994). *Inversiones Extranjeras en Venezuela. V. I-II*. Caracas: Academia Nacional de Ciencias Económicas.
- Instituto de Patrimonio Cultural (2010). *Catálogo de Patrimonio Cultural Venezolano*. Recuperado de <http://albaciudad.org/wp-content/uploads/2017/01/Tachira-Lobatera-Michelena.pdf>

- Instituto Nacional de Estadística (2011). *Informe Geoambiental 2011 del estado Táchira*. Recuperado en http://www.ine.gov.ve/documentos/Ambiental/PrinIndicadores/pdf/Informe_Geoambiental_Tachira.pdf
- Instituto Nacional de Estadística (2011). *Síntesis Estadística Estatal*. [Base de datos]. Recuperado de <http://www.ine.gov.ve/documentos/see/sintesisestadistica2013/estados/tachira/index.htm>
- Martín, J. (2001). *Así nos vieron. Cultura, ciencia y tecnología en Venezuela (1830-1840)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Medina, A. (2007). *Lecturas de Historia Regional y Local*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y La Rana.
- Ministerio de Energía y Minas (noviembre, 1996). *Carbón una nueva alternativa de inversión en Venezuela*. Caracas: Ministerio de Energía y Minas.
- Ocanto, D. (2015). *Artesanos y artesanías de Venezuela. Colección Venezuela*. Caracas: Fundación Bigott.
- Pino Iturrieta, E. (2002). *La mirada del otro. Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*. Caracas: Fundación Bigott.
- Robles, L. (1996). *Caminos de Leyenda, tradición oral del Táchira*. San Cristóbal: Fondo Editorial Simón Rodríguez.
- Sánchez, S. (2018). *Diccionario de Topónimos Históricos del Táchira: siglos XVI al XIX*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- (2014). *Proyecto Experiencia Arte | Experience-Art Project. Venezuela*. [Blog]. Recuperado de <https://bitacorasamisan.blogspot.com>
- (Comp.). (2011). *Crónicas de Lobatera*. Manuscritos digitalizados no publicados.
- (1993). *Tiempos históricos de una tierra de pioneros*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- Sociedad Venezolana de Geólogos (1990). *Boletín de la Sociedad Venezolana de Geología*. N.º 38 Caracas: Sociedad Venezolana de Geólogos.
- Villamizar, G. (2007). *De la Petrolía a Pdvsa*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses
- Villet, M. (1960). *Táchira en 1876*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.



A Lobatera

Hombres y mujeres de carbón son relatos que se enriquecen de simbologías, tradiciones, imaginarios y memoria colectiva del pueblo lobaterense, cuya cultura está marcada, desde sus inicios, por la presencia del carbón, la caliza y la arcilla.

En los rostros, las construcciones y los paisajes de Lobatera, se dibuja el paso del tiempo, las huellas de la minería artesanal. Ser hombres y mujeres de carbón es conservar y legar: es relatar para no olvidar; es reflexionar sobre cómo impacta la actividad minera en la mujer y en su entorno familiar; es descubrir las motivaciones que conducen a permanecer en la mina, como un espacio de vida y trabajo; es adentrarse en un terruño de la Venezuela minera.

